

I. NUESTRA TRADICIÓN HISTÓRICA*

Jorge del Prado

* CUATRO FACETAS DE LA HISTORIA DEL PCP. Ediciones Unidad, octubre de 1987.

Queridos Camaradas, queridos amigos:

Coincidiendo con el 50 aniversario de la fundación del Partido Comunista Peruano y a propósito de la convocatoria a elecciones para una Asamblea Constituyente, que iniciará el retorno a la mal llamada democracia representativa, surgió la necesidad de prontuariat con exactitud a los diversos partidos actuantes en la vida política del país.

Esta necesaria ubicación, enmarcada dentro de un proceso de polarización de fuerzas y de vigoroso crecimiento de las corrientes revolucionarias y, en particular, del Partido Comunista Peruano, determinó el recrudecimiento de la campaña anticomunista por parte de los partidos reaccionarios; campaña que viene expresándose principalmente en dos aseveraciones groseramente distorcionadoras de la verdad histórica. La primera consiste en cuestionar el origen del Partido, sosteniendo que no surgió de nuestra realidad, sino que fue producto de una consigna foránea impartida por el "comunismo internacional". La segunda, sustentada en la anterior, consiste en un renovado y sincronizado esfuerzo, desde diversos frentes, por demostrar que José Carlos Mariátegui, a quien los comunistas consideramos nuestro fundador y guía, no dio vida al Partido Comunista, sino a un partido distinto que para algunos sería precursor o primer paso del aprismo, para otros una especie de partido socialdemócrata de izquierda o socialista marxista, pero solamente peruano, ajeno y -hasta cierto punto- contrapuesto al Movimiento Comunista Internacional.

La dilucidación de estos dos cuestionamientos resulta pues perentoria para contrarrestar y derrotar no sólo a una de las formas más sutiles y tramposas del neo-macartismo, hoy revivido, sino también a uno de los recursos más deshonestos de quienes pretenden mellar en cualquier forma el prestigio del Partido Comunista Peruano en sus raíces históricas.

De ahí que hubimos considerado conveniente iniciar con el esclarecimiento de estos dos temas la celebración de medio siglo de existencia del PCP, dándole de paso a dicha celebración un contenido más polémico y vivo. A ello obedeció, igualmente, que invitáramos a participar en el ciclo de charlas no sólo a los militantes y amigos del Partido, sino también a estudiosos sin partido, a reporteros y corresponsales de prensa, nacionales y extranjeros.

EL PARTIDO COMUNISTA PERUANO: GENUINO PRODUCTO DE NUESTRA REALIDAD Y DE NUESTRA EPOCA

En la presente conferencia, iniciadora del ciclo, procuraremos demostrar, en primer término, que nuestro Partido no nació de una consigna extranjera, ni tampoco fue obra solamente de José Carlos Mariátegui.

El surgimiento de cualquier partido, y más aún de un auténtico y sólido partido revolucionario de la clase obrera, no puede darse en ninguna parte del mundo por un simple afán de imitación foránea. Tampoco puede ser resultante del propósito y esfuerzo de una sola persona.

Se trata de un fenómeno social. Fenómeno, que, en el caso del PCP, consistió esencialmente en que el proletariado peruano había madurado en el camino proceso de sus luchas, hasta tal punto en que ya no le bastaba la organización sindical ni la lucha por reivindicaciones inmediatas, sino que debería pasar ya al terreno político, a emprender una política clasista independiente y a contar para ello con un Partido propio y revolucionario, que iniciara la larga y escabrosa marcha hacia la revolución socialista, a través de la conquista del poder político. Aunque, como es obvio, para que los trabajadores comprendieran esto tuvo que haber madurado en apreciable medida su conciencia política de clase y haber contado -al mismo tiempo- con determinadas condiciones objetivas favorables.

Nosotros, en repetidas ocasiones, hemos señalado tres factores fundamentales que posibilitaron la formación del Partido Comunista Peruano. El primero consistió en el desarrollo numérico, organizativo y político alcanzado por nuestra clase obrera. El segundo, en el avance cultural e ideológico operado en la sociedad peruana y en América Latina, desde fines del siglo pasado. Y, el tercero, en las repercusiones universales de la Revolución Rusa de Octubre de 1917, o sea, en el vigoroso remezón político internacional que significó el nacimiento de la Primera Gran Revolución Socialista.

EL PROLETARIADO PERUANO

En cuanto al primero de estos factores, precisa tener en cuenta que, cuando Mariátegui inició su tarea de construir en el Perú un partido marxista-leninista, el proletariado de nuestro país había adquirido un importante nivel de desarrollo tanto en el aspecto cuantitativo como en el cualitativo. Numéricamente su presencia era ya muy sensible en la actividad laboral de Lima, Callao y las principales ciudades. Y aunque las cifras alcanzadas entonces no fueron tan grandes como en otros países de América Latina, su peso intrínseco hizo que comenzara a convertirse en un factor de primera importancia. Sus principales contingentes estaban concentrados en sectores claves de la economía nacional, o sea en los centros productores de materias primas exportables, en las empresas de transporte masivo y de carga, en la comercialización y distribución de productos, en la agricultura industrial.

El Perú, a poco tiempo de haber proclamado su emancipación del yugo español volvió a ser, con nuevas formas, un país dependiente de las potencias imperialistas, subordinado ahora al sistema capitalista mundial

como productor de materias primas, acaparadas por consorcios imperialistas, y como mercado de colocación de artículos procedentes principalmente de Inglaterra, en el siglo pasado, y de Estados Unidos de Norteamérica en la presente centuria. La Primera Guerra Mundial o Guerra del 14, acentuó esta condición de sometimiento al determinar una mayor demanda de las materias primas peruanas, lo que dinamizó, a su vez, el desarrollo del transporte marítimo y ferroviario. La industria manufacturera tuvo, asimismo, un desarrollo relativo, pero la mayor parte de ella también permanecía en manos extranjeras. Paralelamente, concluida la conflagración, declinó en nuestro país la hegemonía del imperialismo inglés y comenzó el apogeo del imperialismo norteamericano.

La deformación de nuestro desarrollo económico se tradujo en un crecimiento desproporcionado de la minería, el comercio y la banca, con relación a la industria básica y de transformación, ahondando el subdesarrollo. No obstante lo cual, el proletariado fue adquiriendo una importancia sustantiva y creciente. Mientras la burguesía nativa crecía en forma aritmética, el proletariado se desarrollaba en proporción geométrica. La economía del país se había insertado en el capitalismo mundial y nuestra clase obrera se había convertido rápidamente en una clase decisiva, respecto a nuestro porvenir socioeconómico.

Había llegado, pues, el momento histórico en que esta clase, a pesar de no ser muy numerosa, pasara a desempeñar un papel determinante en la vida de la sociedad peruana, hasta el punto que una paralización de sus labores podría remover, muy seriamente, los cimientos de la economía nacional y, por lo tanto, también generar acontecimientos muy importantes en la situación política.

Ya en la década del 20 los trabajadores asalariados alcanzaron un crecimiento numérico muy apreciable. Según las estadísticas recogidas por Martínez de la Torre, en vísperas de la fundación del Partido Comunista, dicho crecimiento presentaba las siguientes cifras: proletariado urbano, más de 53,000; mineros y petroleros 28,000; asalariados agrícolas, 18,000. Es decir, un total aproximado de cien mil personas. Porcentaje relativamente pequeño en una población global de seis millones de habitantes, pero que contaba con las ventajas de ser el factor más importante en el proceso de la producción de objetos de uso y consumo y el creador de nuestras principales riquezas. Además, era ya una clase relativamente evolucionada, había acumulado una importante experiencia combativa, estaba concentrada en los principales centros urbanos, en las minas y las haciendas; y su sector más avanzado se encontraba en contacto con los modernos medios de comunicación de masas, es decir, informado de los principales acontecimientos y corrientes ideológicas contemporáneas.

Se trataba, entonces, de un proletariado en aptitud de desarrollar con mayor facilidad su conciencia de clase. Circunstancia que pudo comprobarse en la segunda década del siglo, en las pujantes jornadas obreras y populares de 1918 y 1919, cuya combatividad estuvo dada en gran medida por el hecho de que, al final de la Primera Guerra Mundial, se produjo una disminución violenta de las exportaciones de nuestras materias primas -destinadas a la industria de guerra- y esto generó una desocupación

masiva y un rápido encarecimiento de las subsistencias, con la consiguiente disminución del poder adquisitivo de los salarios reales.

En ese contexto nuestra clase obrera, unida a otras importantes capas populares, se vio impulsada a luchar casi simultáneamente por la rebaja en los precios de los artículos de primera necesidad y por la jornada laboral de 8 horas; lo cual hizo que la lucha reivindicativa, constreñida hasta entonces al terreno económico, pasara automáticamente al terreno político. Ampliando este punto, podemos decir que, cuando los trabajadores demandan una reivindicación directamente a los patrones en su centro de trabajo, su lucha que no deja de ser política, se desarrolla fundamentalmente en el terreno de lo económico; pero cuando se enfrenta al Estado, existiendo, como en este caso, una ley referida al horario de trabajo, entonces se vuelve eminentemente política. Y eso fue lo que en realidad ocurrió entonces, por primera vez, en nuestro país. Resulta muy significativo a este respecto que en aquellas memorables acciones los dirigentes sindicales que en su mayor parte eran anarquistas o anarcosindicalistas, evolucionaron políticamente en el fragor de la lucha hasta el punto de proclamar constantemente su simpatía por la Revolución Rusa, significando en ella la conquista del poder por la clase obrera en el antiguo imperio de los zares.

De este modo, se fueron creando en el Perú, condiciones objetivas propicias a la formación de un partido político de la clase obrera. El gran mérito de José Carlos Mariátegui a este respecto consistió no tanto en haber "ideado" tal partido, sino en haber comprendido cabalmente la necesidad histórica de su existencia y en haber asumido con máximo sentido de responsabilidad la tarea de hacerlo realidad

LAS NUEVAS IDEAS

En cuanto al segundo factor, o sea el avance de la cultura y del pensamiento científico entre nosotros, ocurrió que, pronto con el relativo desenvolvimiento industrial y el desarrollo de la clase obrera, la Primera Guerra Mundial -no obstante sus tremendos efectos destructivos- no pudo detener, y en algunos aspectos aceleró más bien el perfeccionamiento de determinados medios de producción sustentados en nuevas conquistas científicas y tecnológicas, así como el logro de nuevas formas de comunicación universal. En ese periodo y a partir de él, junto al estallido y ahondamiento de la crisis estructural del sistema capitalista, se operó la más amplia difusión de nuevas ideas, de nuevas doctrinas filosóficas y corrientes sociológicas. En aquel contexto, se introdujeron a través de la radio, el telégrafo y las vías aéreas, muchos conocimientos que hasta entonces sólo habían sido difundidos en Europa y Estados Unidos y que ahora tramontaban también las fronteras del Perú para difundirse en nuestro medio. De ahí que el mismo Mariátegui, respondiendo a quienes le calificaban de "europeísta" por el hecho de haber iniciado la aplicación del método marxista al análisis de nuestra realidad, dijo: «Aquellos que dicen que el Perú, y América en general, viven muy distantes de la Revolución Europea, no tienen noción de la vida contemporánea ni tienen una comprensión, aproximada siquiera, de la historia. Esa gente se sorprende de que lleguen al Perú los ideales más avanzados de Europa; pero no se sorprenden en cambio de que lleguen el aeroplano, el tras atlántico, el

telégrafo sin hilos, el radio; todas las expresiones más avanzadas, en fin, del progreso material de Europa La misma razón para ignorar el movimiento socialista habría para ignorar, por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein. Y estoy seguro de que al más reaccionario de nuestros intelectuales -casi todos son impermeablemente reaccionarios- no se le ocurrirá que debe ser proscrita del estudio y de la vulgarización aquí de la nueva física, de la cual Einstein es el más eminente y máximo representante ... " **(1)**

Bajo tales circunstancias el marxismo-leninismo, como cabal expresión científica en el campo de la sociología, comenzó a ganar entonces adeptos, tanto en los medios más avanzados de la intelectualidad como entre los exponentes más probados y lúcidos de nuestra clase obrera, debido sobre todo a la obra sistemática y perseverante de José Carlos Mariátegui. Y es así que entonces pudo hacerse realidad aquí también la afirmación de Carlos Marx referida al papel histórico de su doctrina: "el proletariado encontró en la filosofía del materialismo dialéctico su arma espiritual y la filosofía encontró en el proletariado su arma material"

LA REVOLUCION RUSA

En cuanto al tercer factor, o sea la Revolución Rusa, es preciso calibrar la trascendencia realmente epónima de este acontecimiento como uno de los más fecundos en la actividad creadora de las masas. Esa Revolución sin precedente influyó muy hondamente en el sentir y el pensar de quien, como Mariátegui, iba a ser el más cabal exponente de las aspiraciones e intereses de nuestra clase obrera y de nuestro pueblo.

La Revolución Rusa marcó un nuevo y promisorio rumbo en la historia de la humanidad. El proletariado universal comprendió con ella que el hundimiento de la sociedad capitalista y el triunfo del socialismo no era sólo una aspiración humana o un ideal remoto, sino que ese ideal de justicia se concretaba por primera vez en el antiguo imperio zarista, por acción heroica de la clase obrera y su vanguardia bolchevique, dirigida por el gran Lenin.

En ese período se dieron, pues, las objetivas más propicias para la creación del partido revolucionario de los trabajadores peruanos, que, bajo la luz del marxismo leninismo aplicado a las peculiaridades del país, José Carlos y sus más cercanos colaboradores fundaron con el nombre inicial de Partido Socialista del Perú, pero identificado con la Internacional Comunista que existía entonces, es decir, como un contingente inconfundible del movimiento comunista mundial.

EL PAPEL DE MARIATEGUI

Es innegable, sin embargo, que ningún fenómeno de esta naturaleza se genera sólo como efecto de los factores objetivos.

Tiene que existir una fuerza consciente que los encauce, que los transforme en ideología, en Programa y en organización política. Hace falta, por lo tanto, hombres que interpreten correctamente la situación que les rodea, que comprendan el significado de esa situación y sepan encauzarla hacia

una acción revolucionaria correspondiente. Y ese fue justamente el papel histórico que desempeñó José Carlos Mariátegui.

Desde fines del siglo pasado venían ocurriendo en el Perú cambios socio-políticos muy significativos. En 1895 se produjo la primera huelga en Vitarte, la misma que fue disuelta a latigazos porque entonces a los obreros se les consideraba como siervos, vale decir, seres infrahumanos que deberían trabajar hasta 16 horas diarias. Pero en 1919 ya ningún trabajador industrial permitía que se le tratara así. En el lapso transcurrido, se había logrado a través de esforzadas y heroicas luchas el reconocimiento del derecho de huelga y se había conquistado también la jornada laboral de 8 horas. Pero, además, como hemos visto, los avances tecnológicos y científicos hicieron que, junto al desarrollo de la clase obrera, se operara un notable desarrollo cultural e ideológico. A comienzos del siglo, por ejemplo, don Pedro Zulen, sociólogo, a quien Mariátegui reconoció y admiró en su justo valor, asimiló algunas ideas del marxismo y esas ideas comenzaron a difundirse. La tarea de Mariátegui en tales circunstancias fue, en el Perú, similar a la de Lenin en la antigua Rusia, en tanto se propuso fundir las ideas socialistas con el movimiento obrero para llevar a cabo, en las condiciones concretas de ese país, la Revolución Socialista.

Debemos preguntarnos entonces por qué, esta tarea tuvo que realizarla precisamente José Carlos Mariátegui y no otra persona. Una respuesta convincente podemos encontrarla en la concepción marxista sobre el papel de las personalidades en la historia. Marx, Engels y Lenin sostienen al respecto que las verdaderas personalidades, guías en el progreso de la humanidad, no son los llamados genios innatos o individuales, sino los que interpretan mejor el desarrollo social y, en ese contexto, principalmente las necesidades y anhelos de las masas populares, de los trabajadores que por ser los creadores de la riqueza- constituyen el factor más importante en las relaciones de producción y encarnan por ello las más hondas y básicas tendencias del desarrollo histórico, del progreso material y cultural de los pueblos. J. Plejanov sostiene también el mismo punto de vista, en su conocida obra "El papel del individuo en la historia".

Mariátegui, como se sabe, por sus limitaciones económicas y de salud, no pudo concluir sus estudios primarios. El se definió alguna vez "autodidacta». Desde los siete años de edad cargó -además- con una seria invalidez física, ocasionada por un accidente en la escuela donde aprendió las primeras letras. Y a esa desventaja material se sumó el hecho de ser el mayor de tres hermanos, en una familia que sufrió la ausencia del padre cuando todos ellos eran aún muy pequeños. José Carlos en aquellas circunstancias se vio obligado a ayudar desde entonces a la madre en el sostenimiento del hogar, primero auxiliándola en la entrega de sus labores de costura y más tarde, desde los 14 años, como aprendiz de linotipista y portapliegos (o "alcanzarrejones" como él dijo) en el diario "La Prensa". Al pasar al cuerpo de redactores fundó en ese diario el primer Círculo de Periodistas, piedra angular de toda la organización del gremio en el país y por tanto también de la actual Federación de Periodistas del Perú.

No es mi propósito ahondar en la vida de Mariátegui porque eso sería imposible en una sola charla. Voy a concretarme más bien a rebatir tanto las interpretaciones falsas de su personalidad y de su obra, en que incurren

algunas personas no sólo por desconocimiento, como las mistificaciones groseras y conscientes realizadas por ciertos pseudo-investigadores y pseudo-sociólogos, empeñados algunos de ellos en negar el contenido peruanista (o la preocupación por nuestros propios problemas) que inspira esa obra, y dedicados otros chupatintas a desconocer la autenticidad marxista leninista tanto del pensamiento mariateguista como del partido que fundara.

MARIATEGUI Y HAYA DE LA TORRE VINCULACIONES Y CONTRAPOSICIONES

No son, sin embargo, nuevos los intentos de cuestionar aspectos sustantivos y definitorios de la obra de José Carlos. Al poco tiempo de su muerte, e impresionados por el tremendo impacto que ella produjo, los fundadores del partido aprista que le combatieran en vida tildándole de extranjerizante y desubicado de nuestra realidad, **(2)** emprendieron con deshonestidad la ímproba tarea de apropiarse de su enorme prestigio intelectual y revolucionario.

Con semejante propósito empezaron entonces por explotar en tal sentido la vinculación que, efectivamente, hubo en determinadas circunstancias, entre Mariátegui y Haya de la Torre.

Remontándose a esos contactos y prescindiendo de lo ocurrido después, sostuvieron que nuestro camarada había sido algo así como un precursor del Apra y hasta una especie de co-fundador. Sustentando esta falsa tesis escribió durante algunos años el propio Haya en el periódico aprista "La Tribuna» y en diversas revistas disfrazándose con el seudónimo de «Moisés Arroyo Lozada», recurso llamado a confundirse ante los lectores con el camarada Moisés Arroyo Posada, amigo y discípulo de José Carlos Mariátegui y activo colaborador de "Amauta".

La misma campaña mistificadora fue realizada después por otros conocidos escritores apristas incluyendo a Luís Alberto Sánchez y a Cossío del Pomar, Chang Rodríguez, Alva, etc.

No debe por eso extrañarnos que cuando el Partido Aprista se preparaba a participar en las elecciones generales de 1980, los miembros de su mayoría, en la Asamblea Constituyente revivieran tales intentos y utilizaran en ellos a "periodistas" y escritores venales como Juan José Vega, quien con la mayor desfachatez afirmó entonces que Mariátegui nunca fue comunista, que estuvo influido no sólo por el pensamiento de Haya de la Torre, sino también por la ideología conservadora del civilista Manuel Vicente Villarán.

Sin caer en el absurdo juego de sobrevalorar escritos de esa naturaleza, conviene sí establecer de modo fehaciente cuál fue el grado de amistad entre Mariátegui y Haya, informar de cómo se conocieron y en qué momento y en qué circunstancia colaboraron. Cualquier seria indagación al respecto demostrará que sólo hubo dos instantes de relativa coincidencia y acercamiento entre ambos. El primer contacto se produjo durante los años críticos de 1918 y 1919, cuando José Carlos dirigía el diario «La Razón", fundado por él. Este diario, como es sabido, fue órgano de prensa que pronto se convirtió en el mejor vocero y defensor de los movimientos confluentes de entonces: las luchas proletarias por la jornada de las 8

horas, los combates del pueblo de Lima y Callao por el abaratamiento del costo de vida, y las acciones estudiantiles en la primera reforma universitaria. En realidad Mariátegui había brindado decidido respaldo periodístico a estos movimientos desde que escribiera en las páginas de "El Tiempo".

El Presidente de la Federación de Estudiantes en aquella época fue Haya de la Torre. José Carlos tenía amistad con los dirigentes obreros: Barba, Gutarra y otros; y también con el estudiante Haya, quien frecuentaba las oficinas de "La Razón". Ambos coincidieron a partir de esos acontecimientos en el propósito, aún difuso, de cambiar la fisonomía tradicional del país.

Posteriormente, volvieron a vincularse cuando Haya, decidió, en el extranjero, formar la "Alianza Popular Revolucionaria Americana" (APRA), como un frente antiimperialista. Mariátegui estaba convencido que, para llegar al socialismo en nuestro país era necesario liquidar la dominación imperialista. Estaba convencido, además, que la clase obrera debería atraer a todas las clases y capas sociales enfrentadas en mayor o menor grado al imperialismo: unir a vastos sectores populares en un amplio frente antiimperialista y antioligárquico, destinado a librar una lucha victoriosa por nuestra independencia nacional y el progreso social. De ahí la concordancia inicial en tomo a este frente El Apra aparecía, entonces, como una Alianza antiimperialista latinoamericana y no como un partido político. Por eso adoptó, precisamente, como su nombre el acróstico de las palabras: "Alianza Popular Revolucionaria Americana" (APRA).

A consecuencia de su actividad periodística y sus vinculaciones con las luchas del movimiento obrero, José Carlos fue virtualmente deportado por el gobierno de Leguía, permaneciendo en Europa entre 1919 y 1923; años que le sirvieron para estudiar el fenómeno de la Revolución Rusa así como el significado de los otros acontecimientos universales ocurridos desde la I Guerra Mundial. Allá, como dijo más tarde, asimiló el marxismo, «desposó» las ideas marxistas pasando desde ese momento a combinar su labor periodística con la militancia revolucionaria comunista. Es así como concurrió al histórico Congreso de Livorno del Partido Socialista Italiano, en el cual la tendencia de izquierda identificada con la corriente revolucionaria que imprimiera Lenin al partido bolchevique en Rusia, se separó del ala derecha y fundó el Partido Comunista Italiano. Mariátegui se alineó en el Congreso con las posiciones revolucionarias. A propósito, cabe anotar que uno de los hijos de José Carlos, el doctor Javier Mariátegui, ha conseguido el carné de ingreso de su padre al Congreso de Livorno y al Partido Comunista Italiano, hecho que será evidenciado con la pronta publicación de una obra dedicada a difundir e interpretar principalmente la labor epistolar de nuestro Amauta.

Pues bien, en esos años no existió contacto entre Mariátegui y Haya de la Torre. Sin embargo, al regresar José Carlos al Perú en 1923, encontró al movimiento obrero y popular en una situación crítica. Por el prestigio ganado en las luchas de los años 1918-1919 fue incorporado a las Universidades Populares "González Prada", que hasta entonces dirigía Haya de la Torre como Presidente de la Federación de Estudiantes. A pocas semanas de esa incorporación (Mayo de 1923) se produjo la conocida

jornada obrero-estudiantil contra la entronización del Corazón de Jesús - acción de tipo liberal burguesa con algunos gérmenes de anarquismo gonzalespradista, auspiciada por Haya y sus compañeros- que fue reprimida violentamente por el gobierno leguista. Haya de la Torre salió deportado. Los trabajadores y profesores de las Universidades Populares, decidieron, entonces, llamar a Mariátegui para que lo reemplazara en la dirección de esa institución obrero-estudiantil. Mariátegui, como veremos luego, modificó sustantivamente la orientación docente del centro, dedicándolo sobre todo a impartir educación ideológica revolucionaria a los trabajadores peruanos.

En el lapso 1923-1926 no existió tampoco correspondencia regular entre Mariátegui y Haya de la Torre. Este último, radicado en México, propició la creación del Apra como movimiento antimperialista de Frente Único. Tal iniciativa fue saludada por José Carlos, quien publicó en «Amauta» informaciones y artículos referentes al nuevo movimiento, el cual, como hemos dicho, aparecía no como partido, sino como alianza antiimperialista. Una alianza, como es sabido, significa el acercamiento entre las fuerzas políticas distintas que coinciden en determinados objetivos, de contenido político y de naturaleza coyuntural, sin que para ello sea necesario coincidir en los aspectos ideológicos y programáticos más trascendentes.

En el caso que referimos cabía un frente único o alianza, como lo entendía Mariátegui, entre fuerzas procedentes de la clase obrera, la pequeña burguesía y otros sectores antiimperialistas y progresistas, cada cual manteniendo su propia independencia ideológica, política y organizativa. Posteriormente, Haya torció el rumbo inicial del Apra para transformarlo en un partido político nacionalista o nacional reformista bajo su dirección, pretendiendo, al mismo tiempo, anular la independencia política de la clase obrera. Proponía que se adhirieran individualmente todos los que querían participar en el Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales que para él significaba el Apra, negando por eso mismo la necesidad histórica de que nuestra clase obrera tuviera su propio partido político. Lo que a fin de cuentas siguió siendo también la cancelación de una meta socialista a la Revolución Peruana.

Esta idea fue rechazada por Mariátegui, iniciándose al respecto un intenso proceso de definición que se desarrolló en el espacio de cerca de dos años y que culminó con la ruptura y bifurcación de dos caminos diferentes en muchos aspectos contrapuestos: el de la revolución antiimperialista y socialista guiado por Mariátegui, y el del nacional reformismo y la conciliación de clases jefaturado por Haya de la Torre. La coincidencia en tomo al Apra había sido, pues, fugaz y quedó cancelada muy pronto, a través de la polémica postal entre el Comité Organizador del Partido, encabezado por Mariátegui, y los fundadores del Apra, dirigidos por Haya **(3)**.

Resulta, en consecuencia, absurdo sostener como lo hace Juan José Vega, que Mariátegui no fue marxista y que se sintió «más aprista que comunista»; así como no es cierto que la amistad y colaboración entre él y Haya se desarrollaron, sin interrupción ni desavenencias, entre 1918-1927. Por consiguiente, tampoco es verdad que el distanciamiento entre ellos comprendiera sólo un breve lapso, de 1928 a 1930. Estas argucias y sofismas son totalmente deleznable y no deben quedar en pie.

MARIATEGUI ABRE EL CAMINO A LA REVOLUCION PERUANA

En primer lugar, la obra de Mariátegui abre el camino de una nueva época, y eso nadie intenta negarlo ahora. Con ella se afirma la conciencia de clase del proletariado en el Perú, toma su curso correcto el movimiento antiimperialista y se inicia la lucha por el socialismo en nuestro país. Sin embargo, dadas las circunstancias en aquellos tiempos, su militancia política revolucionaria alcanza apenas un poco más de 10 años. Pero, en ese lapso que va desde 1918, en que formula planteamientos socialistas incipientes y empíricos hasta su culminación en 1930, realizó una labor gigantesca equivalente a varias décadas, tanto en cuanto a formulaciones escritas como en el aspecto organizativo. Con absoluta seguridad, mucha gente que se precia de importante en el quehacer político peruano con largos años de vida, no ha alcanzado a dar por nuestro pueblo ni la milésima parte de lo hecho por él. Pero en este espacio, cronológicamente breve, los tres últimos años, 1927-1930, son los de maduración y culminación de su obra esencial y perdurable. En ese período, particularmente en 1928, edita el primer número de «LABOR»; publica los 7 Ensayos; funda el Partido Comunista Peruano; traza los lineamientos organizativos para la fundación de la CGTP, y prepara su libro Defensa del Marxismo. Precisamente, en setiembre de 1928, AMAUTA -en su editorial «Aniversario y balance»- traza el deslinde entre las ideas de Mariátegui y Haya.

Pero, además, las raíces de estas divergencias podemos encontrarlas ya en los años 1918 y 1919; es decir, cuando comenzaron sus circunstanciales vínculos. Si bien coincidieron en aquellos años, como hemos dicho, en la lucha por una renovación del ambiente político, por cancelar el predominio político del civilismo clásico y conservador exponente de la rancia oligarquía. Y, si de otra parte, es verdad también que volvieron a coincidir entre 1926 y 1928 en la lucha antiimperialista, debemos tener en cuenta que aun en sus contactos iniciales entre 1918 y 1919, Mariátegui ya se diferencia de Haya en un aspecto históricamente básico y definitivo, es decir, en su compromiso directo, claro y sin reservas, con la clase obrera, compromiso intelectual y anímico inclinado al socialismo. Compromiso que le induce desde entonces a intentar la formación de un partido socialista, al margen de que dicho partido no fuera concebido todavía con una óptica marxista. Empresa que emprendiera al lado de los jóvenes periodistas con inquietud social: Luis Ulloa, Carlos Barzo, César Falcón y otros, contando con el respaldo de varios dirigentes obreros de aquellos años, algunos de los cuales se desorientaron mas tarde para deslizarse por la pendiente de la politiquería criolla y enrolarse en el leguismo como ocurrió con Luis Ulloa, y es que, como dijéramos, la naciente organización no era todavía un partido marxista, circunstancia que felizmente columbraron muy pronto Mariátegui y Falcón, al darse cuenta que a ese partido le hacía falta una base, una fundamentación científica e ideológica y una estructura social mas definida y concordante con el objetivo socialista. Por eso, cuando en 1919 ambos fueron virtualmente deportados a Europa, su primera preocupación fue vincularse con el movimiento revolucionario de esos países, analizar a fondo los alcances de la Revolución Rusa y estudiar el marxismo-leninismo, Mariátegui expresó así su visión política y su preocupación fundamental, comprendiendo con claridad que el socialismo no podría alcanzarse en

nuestra patria si no se vinculaba indisolublemente al movimiento obrero, a la ideología y ciencia del marxismo-leninismo. Y fue así que, mientras Haya de la Torre se dedicaba principalmente a dirigir el movimiento estudiantil universitario y al funcionamiento de las Universidades Populares «González Prada» dictando allí cursos de extensión universitaria, Mariátegui emprendió la tarea de organizar a los trabajadores, a desarrollar en ellos una ideología de clase y un programa científico de lucha por la revolución en el Perú.

Desde luego, que más clara fue la diferencia a partir de 1923, cuando Mariátegui asume la dirección de las Universidades Populares. En ese centro venía cultivándose hasta entonces el pensamiento de González Prada, cuyo nombre llevaba precisamente la Universidad. Pero, ¿qué significaba esto? González Prada, como es sabido; fue un liberal burgués de avanzada que al final se asimiló al anarquismo. Para él, el problema social no era un problema de clases sino un problema generacional, que caracterizó con su célebre frase: «Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra». Es decir, que la revolución social no significaría la transformación del sistema capitalista en un sistema socialista y la sustitución de una clase por otra en el poder político, sino sólo el producto de un relevo total, de los viejos valores humanos por nuevos jóvenes valores. Enfrentándose a esa simple y demagógica concepción, Mariátegui sostuvo, con diáfana posición marxista, que tanto en el campo de la revolución como en el campo de la reacción, hay jóvenes y viejos, puesto que los intereses contrapuestos de uno y otro campo involucran a todos los que forman una clase y otra clase **(4)**.

El ciclo de conferencias dictado por José Carlos Mariátegui, en las Universidades Populares «González Prada», impresionó hondamente la conciencia de los dirigentes y activistas obreros que asistieron a ellas. Más tarde, fueron recogidas en un tomo de sus obras completas con el título de *Historia de la Crisis Mundial*. En la explicación inicial de estas Conferencias señaló la necesidad de superar el modesto plano de la labor docente, realizado hasta entonces por las Universidades Populares, para asumir -en cambio- la tarea de «contagiar al pueblo de la fecunda inquietud que agita actualmente a los demás pueblos civilizados de Europa».

«En la crisis europea -dijo- se están jugando los destinos de todos los trabajadores del mundo. El desarrollo de la crisis debe interesar, pues, por igual, a los trabajadores del Perú que a los trabajadores del Extremo Oriente». Y continuó: «Una parte del proletariado cree que el momento no es revolucionario, que la burguesía no agota aún su función histórica, que, por el contrario, la burguesía es todavía bastante fuerte para conservar el poder político, que no ha llegado, en suma, la hora de la revolución social. La otra parte del proletariado cree que el actual momento histórico es revolucionario, que la burguesía es incapaz de solucionar los problemas de la paz, que la guerra ha originado una crisis cuya solución no puede ser sino una solución proletaria, una solución socialista, y que, con la Revolución Rusa, es el comienzo de la revolución mundial».

Y luego, definiendo su propia posición frente, al dilema histórico, expresó: «Yo participo de la opinión de los que sostienen que la humanidad vive un periodo revolucionario. Y estoy convencido del próximo ocaso de todas las tesis socialdemócratas, de todas las tesis reformistas, de todas las tesis evolucionistas» **(5)**.

Desde esa época, Mariátegui se ubicó, pues, con meridiana claridad en el campo revolucionario. Todo su empeño en las Universidades Populares se dirigió, en consecuencia, a inculcar esta conciencia revolucionaria a los trabajadores peruanos y, paralelamente, comenzó a organizar los primeros núcleos comunistas entre la clase obrera, núcleos que deberían contribuir, en primer término, a imprimir y desarrollar una clara orientación clasista en el movimiento sindical. En esta labor fueron ganados por nuestro Amauta una cantidad apreciable de dirigentes sindicales a quienes él había contribuido a formarse o a reincorporarse a la lucha, en particular a quienes conoció durante las jornadas de 1918 y 1919, emprendiendo -con la colaboración de ellos- la centralización departamental y nacional del movimiento sindical peruano.

Es en estas circunstancias que dirige su celebre mensaje «El 1º de Mayo y el Frente Único», en el que desarrolló magistralmente su concepción del frente único de clase y urgió a construirlo. Simultáneamente, hizo comprender a los dirigentes sindicales la necesidad perentoria de asimilar la teoría del marxismo como ideología del proletariado y ciencia de la revolución, que contribuiría también a orientar y a encabezar certeramente las luchas reivindicativas en el camino de la liberación social completa. Siguiendo esta línea elaboró «El Mensaje al Congreso Obrero» (1927), y en 1929 instaló el Primer Núcleo Organizador de la primera central clasista, dando vida poco después a la gloriosa Confederación General de Trabajadores del Perú (C.G.T.P.). Entre tanto, Haya transformó en el extranjero al Apra en un partido político nacionalista.

EL PRIMER «COMLOT COMUNISTA» MONTADO POR LA CONTRARREVOLUCION

A partir de 1927, Mariátegui se vio obligado a librar una lucha ideológica y política frontal principalmente contra dos enemigos; la represión del gobierno de Leguía, sirviente del imperialismo norteamericano y sus aliados; y el reformismo aprista, opuesto a la independencia de clase del proletariado y a la Revolución Socialista en el Perú.

Ese año nuestro Amauta sufrió su primera prisión, que el gobierno leguista trata de justificar valiéndose de una reunión de trabajo de la Editorial Obrera «Claridad». Se acusó burdamente a los participantes de esa reunión de estar organizando un «complot comunista». Fue, pues, la primera vez que se utilizó semejante treta en el Perú. Con el mismo absurdo pretexto «Amauta» fue clausurada.

Históricamente ese hecho da inicio al choque frontal entre el Estado burgués, sometido al imperialismo, y las fuerzas de avanzada de la Revolución Peruana, encarnadas en un contingente de nuestra clase obrera, que lucha ya por el socialismo. ¿Qué hizo Mariátegui en esa circunstancia crucial? ¿Se amilanó? ¿Retrocedió? ¡No!.. Dio una respuesta ejemplar. Fue en ese momento que se definió públicamente marxista convicto y confeso y proclamó con aquello la validez histórica de sus ideas. Mariátegui estaba enfermo y por eso tuvieron que llevarlo al hospital de San Bartolomé. A pesar de su limitación física, dio, sin embargo, muestras contundentes de su tremendo vigor moral sustentado en su ideología, en su inconfundible

filiación marxista. Los diarios y revistas burguesas de la época se hicieron eco de la patraña inventada por el Ministro de Gobierno, Manchego Muñoz, personaje anacrónico y corrupto que tuvo el triste «privilegio» de ser pionero de los Ministros de Gobierno que, siguiendo su huella, repitieron esa misma patraña, con pequeñas variantes, durante más de medio siglo de gobiernos oligárquicos y pro imperialistas, posteriores a este hecho.

Pero, Mariátegui también sentó un ejemplo imperecedero en sentido inverso. Con dignidad y gran valor pasó al contraataque. Desde el Hospital de San Bartolomé escribió el 6 de junio de 1927, una memorable carta al diario «La Prensa» en los términos siguientes:

«No es, absolutamente, mi intención polemizar con las autoridades de policía respecto al llamado «complot comunista» que aseveran haber descubierto. Pero sí quiero rectificar sin tardanza las alusiones que me conciernen de la versión policial acogida por el diario que usted dirige».

«En respuesta a los cargos que tan imprecisamente se me hacen me limitaré a las siguientes, concretas y precisas declaraciones»:

1º «Acepto íntegramente la responsabilidad de mis ideas, expresadas claramente en mis artículos de las revistas nacionales o extranjeras en que colaboro o de la revista «Amauta», fundada por mi en setiembre último, con fines categóricamente declarados en su presentación; pero rechazo de modo absoluto las acusaciones que me atribuyen participación en un plan o complot folletinesco de subversión».

2º «Remito a mis acusadores a mis propios escritos públicos o privados, de ninguno de los cuales resulta que yo marxista convicto y confeso -y como tal, lejano a los utopismos en la teoría y en la práctica- me entretenga en confabulaciones absurdas, como aquella que la policía pretende haber sorprendido y que tampoco aparece probada por ninguno de los documentos publicados» **(6)**.

La represión contra Mariátegui originó enérgicas protestas de numerosos intelectuales a nivel mundial. «La Correspondencia Sudamericana», órgano de la III Internacional para esta parte del Continente, hizo pública de inmediato su solidaridad con Mariátegui, dando a conocer -poco después- una carta dirigida a la opinión latinoamericana **(7)**.

«AMAUTA» RUMBO AL SOCIALISMO

«Amauta» tomó un nuevo rumbo después de su clausura. Reapareció, a fines de 1927, como una revista socialista. Excluyó de sus páginas a toda colaboración confusionista, procedente del núcleo fundador del Apra.

Al cumplir «Amauta» su segundo aniversario, Mariátegui declaró que la revista no había nacido para quedarse en episodio sino para ser historia y para hacerla. «Si la historia es creación de los hombres y las ideas, podemos encarar con esperanza el porvenir. De hombres y de ideas, es nuestra fuerza».

«La primera obligación de toda obra, del género de la que «Amauta» se ha impuesto es ésta: durar. *La historia es duración*. No vale el grito aislado, por muy largo que sea su eco; vale la prédica constante, continua, persistente. No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica operante, rica en potencia y capaz de movimiento. «Amauta» no es una diversión ni un juego de intelectuales puros; profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término **(8)**. La originalidad a ultranza es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera escribimos esta sola, sencilla y grande palabra: «SOCIALISMO». Con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un partido nacionalista, pequeño burgués y demagógico» **(9)**.

«El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso, hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de «Amauta» ha concluido. En la segunda jornada, no necesita ya llamarse revista de la «nueva generación», de la «vanguardia», de las «izquierdas». Para ser fiel a la revolución le basta ser una revista socialista.

«Nueva generación», «nuevo espíritu», «nueva sensibilidad», todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: «vanguardia», «izquierda», «renovación». Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y renovación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibológicos. Bajo este rótulo, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente sino en la medida en que se sepa ser adulta, en fin, creadora».

«La misma palabra revolución, en esta América de pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial» **(10)**.

Como es de suponer, ninguna de estas rotundas definiciones podía agradar a los dirigentes apristas. Mariátegui les lanzó un reto, hacía trizas las posiciones dubitativas e intermedias, terceristas o anfibológicas, como el decía.

LA POLEMICA MARIATEGUI - HAYA

En 1928 se dio un intercambio de comunicaciones entre Haya y Mariátegui. De acuerdo con la Constitución vigente entonces, el Gobierno de Leguía debería haber convocado para ese año a elecciones presidenciales. Haya decidió debutar en la vida política burguesa lanzando desde Apurímac un pronunciamiento del Apra, con el disfraz de «Partido Nacionalista del Perú». Posteriormente anunció la candidatura de Haya de la Torre a la Presidencia de la República. Mariátegui, informado de tan burda patraña, envió una carta a los dirigentes de la célula aprista de México (16 de abril de 1928), célula encabezada por Magda Portal, entonces afiliada al Apra **(11)**.

«Compañeros -escribió el Amauta- no había contestado hasta hoy la carta de la célula, suscrita por Magda Portal, en espera de una carta de Haya de la Torre que me precise mejor el sentido de la discrepancia: Alianza o Partido».

«La carta de la célula me supone simplemente influida por el Secretariado de Buenos Aires, la UCSAYA, etc. o, por lo menos, pretende que mis observaciones son en esencia las mismas. Hasta la reaparición de «Amauta» he permanecido sistemáticamente privado por la censura de mis canjes y correspondencias, de modo que no he conocido en su oportunidad ni el número de la «Correspondencia Sudamericana» en que -según he sabido después sin obtener ejemplar- aparecieron las observaciones del Secretariado de Buenos Aires, ni la tesis de la UCSAYA, ni nada por el estilo. Sólo recientemente he vuelto a recibir «El libertador (...) Por otra parte, creo haber dado buenas pruebas de mi actitud para pensar por cuenta propia. De suerte que no me preocuparé de defenderme del reproche de obedecer sugerencias ajenas».

«Pero como no tengo hasta hoy ninguna aclaración de Haya, a quien escribí extensamente, planteándole cuestiones concretas (...) y llegan en cambio noticias de que ustedes están entregados a una actividad con la cual me encuentro en abierto desacuerdo, y para la cual ninguno de los elementos responsables de aquí ha sido consultado, quiero hacerles conocer sin tardanza mis puntos de vista sobre este nuevo aspecto de nuestra discrepancia» .

«La cuestión: «alianza o partido» que ustedes declaran sumariamente resuelta, -y que en verdad no debiera existir siquiera, puesto que el Apra se titula alianza y se subtitula frente único, pasa a segundo término, desde el instante en que aparece en escena el partido nacionalista peruano que ustedes han decidido iniciar en México, sin el consenso de los elementos de vanguardia que trabajan en Lima y Provincias». «Recibo correspondencia constante de provincias, de intelectuales, profesionales, estudiantes, maestros, etc., y jamás en ninguna carta he encontrado hasta ahora mención del propósito que ustedes dan por evidente e incontrastable. Si de lo que se trata, como sostiene Haya en una magnífica conferencia, es de descubrir la realidad y no de inventarla, me parece que ustedes están siguiendo un método distinto y contrario».

«He leído un «segundo manifiesto del Comité Central del Partido Nacionalista Peruano, residente en Abancay». Y su lectura me ha contristado profundamente: 1º porque, como pieza política, pertenece a la más detestable literatura eleccionaria del viejo régimen; y 2º porque acusa la tendencia a cimentar un movimiento -cuya mayor fuerza era hasta ahora su verdad- en el bluff y la mentira. Si ese papel fuese atribuido a un grupo irresponsable, no me importaría su demagogia. Pero, al pie de este documento está la firma de un Comité Central que no existe, pero que el pueblo ingenuo creará existente y verdadero. ¿Y es en esos términos, de grosera y ramplona demagogia criolla, como debemos dirigirnos al país? No hay allí una sola vez la palabra socialismo. Todo es declamación estrepitosa y hueca de liberaloides de antiguo estilo. Como prosa y como idea, está esta pieza por debajo de la literatura política posterior a Billingham».

«Por mi parte, siento el deber urgente de declarar que no adhiero de ningún modo a este Partido Nacionalista Peruano que, a mi juicio, nace descalificado para asumir la obra histórica en cuya preparación hasta ayer hemos coincidido. Creo que nuestro movimiento no debe cifrar su éxito en engaños ni señuelos. La verdad es su fuerza, su única fuerza, su mejor fuerza. No creo, como ustedes, que para triunfar hay que valerse de todos los medios criollos. La táctica, la praxis, en si mismas son algo más que forma o sistema. Los medios, aun cuando se trata de movimientos bien adoctrinados, acaban de sustituir a los fines. He visto formarse el fascismo. ¿Quiénes eran al principio, los fascistas? Casi todos elementos de más vieja impregnación e historia revolucionarias que cualquiera de nosotros» (...) «Toda esa gente era o se sentía revolucionaria, anticlerical, republicana, «más allá del comunismo», según la frase de Marinetti. Y ustedes saben cómo el curso mismo de la acción los convirtió en una fuerza diversa de la que a sí misma se suponía».

Mariátegui se declaró, pues, abiertamente opuesto al famoso Partido Nacionalista de Haya de la Torre, es decir, contrario al Apra en la forma y contenido que adoptó desde entonces, y opuesto también a las tácticas y métodos burgueses de politiquería criolla que comenzó a aplicar desde aquella fecha. Su propósito, ya inalterable, fue precisamente formar un Partido revolucionario que luchara por el socialismo y adherido a la Internacional Comunista.

EL VALOR MORAL DE MARIATEGUI

Cuatro años antes -1924- Mariátegui había sufrido un grave contratiempo en su salud: su dolencia física contraída desde niño hizo crisis y tuvo que ser operado de la pierna izquierda. En tales circunstancias, su entereza de ánimo empleada en la lucha contra el gobierno de la época, contra la reacción criolla y contra el aprismo en gestación, fue puesta a prueba también enfrentándose esta vez a la muerte. Fue en semejante trance, que dirigió una carta a la revista «Claridad» muy hermosa en el estilo, pletórica de conciencia histórica y revolucionaria en su contenido, concebida en los siguientes términos: «Queridos compañeros. No; quisiera estar ausente de este número de «Claridad». Mi mayor deseo en estos instantes de prueba es que la enfermedad que ha interrumpido mi vida no sea lo bastante fuerte para desviarla ni debilitarla».

«Que no deje en mi pensamiento ni en mi corazón ningún germen de amargura ni de desesperanza. Es indispensable para mí que mis palabras conserven el mismo acento optimista de antes. Quiero defenderme de toda influencia triste, de toda la necesidad de nuestra fe común».

«Estas líneas, escritas en la estancia donde pasé mis largos días de convalecencia, aspiran, pues, a ser al mismo tiempo que un saludo cordial a mis compañeros de «Claridad», una reafirmación de mi fervor y de mis esperanzas. Os felicito por el notable ardimiento con que os dais a la empresa de reorganizarla».

«A despecho de los espíritus escépticos, y negativos, aliados inconscientes o impotentes de los intereses y de los privilegios burgueses, un nuevo orden

social en formación. La perspectiva mundial es hoy más confortante que ayer: La reacción retrocede vencida en los mayores países del mundo, a cuya irradiación están sujetos los pueblos menores».

(...) «El método reaccionario ha fracasado en todas partes. El régimen capitalista se ha visto constreñido a aceptar la convivencia pacífica con un régimen comunista. Los Soviets han sido reconocidos como una forma de gobierno legítimo. Se constata que el mundo marcha hacia el socialismo. Signos inequívocos anuncian que el porvenir pertenece a la revolución. Nuestra burguesía no comprende ni admite nada de esto. Tanto peor para ella. Según todas las probabilidades, el destino de la generación que lo representa actualmente es ahogarse en su estupidez, y en su obscenidad. Dejemos que este destino se cumpla. Obedezcamos la voz de nuestro tiempo y preparémonos a ocupar nuestro puesto en la historia» **(12)**.

Mariátegui se recuperó de la enfermedad con gran valor y optimismo. Hubo un detalle en este suceso que refleja con claridad meridiana tanto el temple revolucionario de José Carlos como la indisoluble unidad entre su vida y su obra. Integridad que él calificara como «un único proceso», como «un mismo fenómeno». Cuando la gravedad de su dolencia física llegó al punto crítico y los médicos opinaron que sólo una intervención quirúrgica podría tal vez salvarle la vida, se produjo al respecto una desavenencia entre la esposa y la madre. En ese momento la posición del propio José Carlos, dio una muestra cabal no sólo de su coraje, sino también de su sentido de responsabilidad social. Armando Bazán relata el episodio de la siguiente manera: «El cirujano llamó a la anciana madre de Mariátegui y le manifestó lo angustioso de la situación diciéndole: «La intervención quirúrgica en este instante cuenta con un mínimo extremo de posibilidades para salvarlo. Pero si no recurrimos a ella, su muerte ocurrirá inevitablemente antes de las veinticuatro horas. .. «La madre, una señora de cepa antigua estaba llena, como es natural, de prejuicios y supersticiones (...) consideraba que la mutilación del cuerpo constituía un atentado contra la naturaleza» (...) «En ese instante llegó, por suerte, apresuradamente Anita, la esposa de Mariátegui (...) y se produjo entonces un enfrentamiento emocionante» (...) «Si el ser madre de sus hijos -arguyó Anita como supremo argumento en un difícil español- me da algún derecho exclusivo, reclamo y exijo que la intervención se realice inmediatamente» (...) «No habría nada que argüir. Se hicieron rápidamente los preparativos y la operación se realizó con buenos resultados». Y el mismo Bazán se refiere luego a cómo después de recuperarse del violento impacto emocional que significó para José Carlos saber que le habían amputado una pierna se dio a la tarea de acelerar su convalecencia para recomenzar, su actividad, con más bríos que nunca. Y agrega que le gustaba entonces repetir a sus amigos: «En el instante más álgido de mi agonía, yo sabía que no podía morir aún. Estaba seguro. Yo sabía que mi destino no estaba aún terminado y ello me daba una fuerza inaudita. Creo que nuestras vidas son como las flechas que deben alcanzar necesariamente un blanco. Y yo sabía que la mía no había llegado todavía al suyo».

«La revolución peruana no es sino una parte, un aspecto de la revolución mundial. Luego subrayando ese concepto formuló la diáfana consigna de luchar un «por un Perú nuevo dentro de un mundo nuevo», es decir, por un Perú socialista dentro de un mundo socialista.

Pero al precisar así su posición, asumiendo a plenitud el principio marxista-leninista del internacionalismo proletario, marcó tal vez la divergencia ideológica más importante y básica con el aprismo que, como hemos visto al referirnos al proyecto frustrado del «Partido Nacionalista», nació más bien inconfundiblemente imbuido del nacionalismo burgués.

Es muy ilustrativo al respecto reproducir lo que refiere Armando Bazán en su ensayo biográfico varias veces citado. «Mariátegui -dice Bazán- aceptó de primera intención el programa antiimperialista del Apra pero pidió a Haya que aclarar y precisara su pensamiento». «Es cierto, dijo, que la lucha contra los imperialistas requiere una alianza pero ella tiene que ser mundial. De esta alianza no pueden ser excluidas las clases más explotadas de los mismos países imperialistas». «Una vez definidas las posiciones resultó claro que Haya se situaba en el terreno del nacionalismo continental. Pero el bloque debería ser indoamericano, específicamente. Para Mariátegui que miraba este problema desde el ángulo del más rotundo internacionalismo ("Proletarios de todos los países, uníos"), tal planteamiento resultaba inaceptable» **(13)**.

Y, a partir de este desacuerdo fundamental, quedaron totalmente rotos los vínculos y se bifurcaron para siempre los caminos.

En febrero de 1927 se realizó la Conferencia antiimperialista de Bruselas que fue seguida dos años después por la Conferencia de Francfort. Asistió a la primera una delegación aprista, dirigida por Haya de la Torre y en la que participó también Eudocio Ravines, entonces Secretario de la Célula aprista de París.

En Bruselas el debate se planteó de la siguiente manera: Un sector mayoritario de delegados sostuvo, correctamente, que el imperialismo es un fenómeno mundial, generado por el sistema capitalista, y que no excluye a ningún país del mundo. Por consiguiente, la principal tarea de esa Conferencia debería consistir en sentar sólidas bases para un movimiento antiimperialista que sea, por su naturaleza y alcances, un frente único de diversas clases enfrentadas al imperialismo y en el cual cada clase debe estar representada por su propio partido, preservando su independencia política como tal. La coincidencia dentro de dicho frente es en tomo al objetivo inmediato, pero la clase obrera no debe perder de vista su propio objetivo final que aparece más allá del antiimperialismo, desde un punto de vista puramente nacionalista o nacionalista-burgués. En este caso, la clase obrera marchará frente a esas clases y capas sin forzarlas a luchar por el socialismo, pero sin renunciar tampoco a su objetivo ulterior.

Haya de la Torre y los otros representantes del Apra plantearon tesis opuestas, sosteniendo que la lucha antiimperialista debería tener objetivos puramente continentales e independientes unos de otros, sin un ensamble mundial y que el frente único debería anular, en América Latina, la independencia partidaria de las clases o capas que lo integran englobando a todas ellas en un partido único. Y sostuvieron, además, que ese tipo de frente único antiimperialista en nuestro continente estaba ya plenamente representado por el Apra.

La discusión fue ardua y no fue posible llegar a ningún acuerdo contra las dos tendencias, haciéndose más aguda y definitiva en la Conferencia de Francfort. El resultado más importante de ambas Conferencias consistió, sin embargo, en la fundación de la Liga Mundial Antiimperialista y la Liga Antiimperialista de las Américas en nuestro continente. Haya de la Torre, como es de suponer, terminó acusando a ambas organizaciones de ser agencias de Moscú y de estar dirigidas por los partidos comunistas, sumándose con esas imputaciones, al coro anticomunista y antisoviético de la reacción mundial.

LA PRIMERA CONFERENCIA DE PARTIDOS COMUNISTAS DE AMERICA LATINA

Todo esto obligaba a una definición más tajante, tanto en América Latina como en nuestro país. En junio de 1929, se realizó en Buenos Aires la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, algunas semanas después del Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana (C.S.L.A.). A ambas conferencias asistieron delegaciones peruanas. La primera compuesta por representantes del Comité Central Organizador del Partido y la segunda representando a la C.G.T.P., recientemente fundada. La delegación de nuestro Partido llevó a la Conferencia de Buenos Aires dos informes de singular importancia, relacionados con la situación específica de América Latina. El primer informe sobre la lucha de liberación nacional titulado «Punto de vista Antiimperialista». Y el segundo sobre el problema de las discriminaciones raciales y nacionales titulado «El Problema de las Razas». Ambos, redactados por Mariátegui, constituyeron virtualmente el centro de la atención y de los debates de la Conferencia.

LA FILIACION COMUNISTA DEL PARTIDO Y LA SEPARACION DE LOS «SOCIALISTAS» NO COMUNISTAS

Es necesario subrayar, sin embargo, que tanto la propia participación plena y destacada de nuestro Partido en el evento de Buenos Aires como el contenido fundamental de ese evento, contribuyeron a reafirmar el carácter auténticamente comunista del Partido como su formal afiliación a la III Internacional o Internacional Comunista.

En tomo a este acontecimiento, conviene, no obstante, aclarar un hecho que en aquel entonces no dio lugar a confusión alguna, pero que más tarde -y ahora mismo- es aceptado maliciosamente por algunos «sociólogos» y pseudo investigadores empeñados en arrebatarse de cualquier modo al PCP la figura gloriosa de su fundador y guía José Carlos Mariátegui.

Como es sabido, el acto formal de la fundación del Partido se produjo el 7 de octubre de 1928, en el balneario de Barranco y en casa del obrero ferroviario Avelino Navarro. Pero, esa reunión fue antecedida por otra que se llevó a cabo el 16 de setiembre del mismo año, en la Playa de La Herradura; en la que se estructuró como embrión y principal sostén ideológico y político una célula comunista dirigida por José Carlos e integrada por Avelino Navarro, Julio Portocarrero, Ricardo Martínez de la Torre, Bernardo Regman, el dirigente gráfico Hinojosa y el dirigente mosaísta Borja. La realización de esas dos reuniones: una para formar una célula comunista como núcleo dirigente del Partido y otra para fundar este

con el nombre de Partido Socialista del Perú, se debió a que al emprender Mariátegui la magna tarea de construir un auténtico Partido Comunista en nuestro país, juzgó, no obstante, que desde el punto de vista táctico y con el objeto de allanar cualquier resistencia derivada del temor o incompreensión, en un primer instante, no convenía que apareciese como tal sino como Partido Socialista. Aunque no de carácter socialdemócrata y reformista, sino revolucionario, marxista-leninista y adherido a la III Internacional. Al sostener este punto de vista, José Carlos consideraba, además, que en América Latina, la palabra socialista no estaba aún desacreditada por la social democracia, como ocurrió en Europa. Esta opinión fue rebatida, sin embargo, por la mayoría de delegados en la Conferencia de Buenos Aires y eso dio lugar -años después- y da lugar ahora a que ciertos sociólogos e investigadores contrarios al Partido Comunista Peruano y al Movimiento Comunista Internacional sostuvieran y sostengan, con falsos y artificiales argumentos, que los últimos años de Mariátegui fueron amargados por una supuesta «polémica» con la Internacional Comunista **(14)**.

Los hechos vistos honestamente, con objetividad histórica, demuestran, sin embargo, lo contrario. No hubo ni pudo haber tal polémica, en primer término porque tanto para la Internacional Comunista como para Mariátegui la preocupación fundamental no fue nunca el nombre del Partido, sino su contenido ideológico, programático, político y organizativo; en segundo término, porque toda la labor teórica y práctica de Mariátegui a partir de su regreso de Europa en 1923 se sustentó precisamente en su filiación comunista y en su declarado y enérgico propósito de fundar un partido revolucionario, no reformista, afiliado a la III Internacional Comunista y no a la II Internacional.

En su primera Conferencia en las Universidades Populares «González Prada» sobre «La Crisis Mundial y el Proletariado Peruano» había dicho, en efecto: «Vosotros sabéis, compañeros, que las fuerzas proletarias se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios. Hay una Internacional Obrera Reformista, colaboracionista, evolucionista y otra Internacional Obrera maximalista, anti-colaboracionista, revolucionaria», ... »Y, esta última, parte del socialismo en que, para diferenciarse de la primera, ha adoptado el nombre de comunismo. Yo participo de la opinión de los que creen que la humanidad vive un período revolucionario, Y estoy convencido del próximo ocaso de todas las tesis evolucionistas» **(15)**. Y, en tercer término, porque la única polémica derivada de la Conferencia Comunista de Buenos Aires fue la que se produjo en el Comité Central organizador del partido precisamente entre la mayoría de este Comité, que presidió Mariátegui, y el grupo minoritario de «socialistas pequeños burgueses», dirigido por Luciano Castillo.

En efecto, al margen del nombre y antes de la Conferencia de Buenos Aires pero en relación con ella, el Comité Central Organizador, dirigido por Mariátegui, había resuelto formalizar la afiliación del Partido a la Internacional Comunista. Pero ese acuerdo fue objetado por el grupo capitaneado por Castillo e integrado por los abogados Chávez León y Clodomiro Sánchez y el poeta trujillano Alcides Spelucín, llamado a ser un tiempo después destacado dirigente aprista. Como es de suponer, el debate en tomo a este asunto arreció después de la Conferencia al haberse

cristalizado en ella la afiliación a la Internacional Comunista y al conocerse que por otro lado el sector mayoritario en ella, identificado con la posición ideológica y política de nuestro Partido, había expresado, sin embargo, su desacuerdo con la táctica de presentarlo con el nombre de Partido Socialista **(16)**. Confróntese la carta remitida por este grupo disidente a Mariátegui y que figura en «Apuntes para una Interpretación... » de Ricardo Martínez de la Torre, T. II, págs. 488-490. La reacción de José Carlos ante estos hechos fue, por el contrario, muy positiva y más opuesta aún a los puntos de vista del grupo de Castillo. Aunque el agravamiento inexorable de su enfermedad no le dio tiempo de consumir el cambio de nombre, ni abrió la serie de reuniones del Comité Central que conducirían a ello, no debemos olvidar, sin embargo, que el primer paso en este proceso fue la histórica sesión del 4 de marzo de 1930 y que tanto en esa sesión como en las que la precedieron asumió resueltamente el combate a las posiciones de Castillo y su grupo que ya no se limitaban, como en un comienzo, a defender el mantenimiento de su rótulo socialista por razones puramente tácticas sin objetar su esencia, sino que pasaron a identificar ese nombre con una aversión cada vez más directa al Movimiento Comunista Internacional, en una posición casi idéntica a la que sostienen hoy los señores Flores, Galindo, Aricó, etc. Y con ello confirmaban precisamente una de las más serias objeciones al nombre de Partido Socialista, formuladas en la Conferencia. Los hechos venían a demostrar en efecto que, bajo ese nombre, ya se habían colocado gruesos y peligrosos contrabandos. Y Mariátegui comprendió eso muy claramente, como veremos luego, al referimos a las principales resoluciones de la sesión del 4 de marzo de 1930 y al dar a publicidad también el texto del primer proyecto de Programa elaborado para el Partido por nuestro camarada Mariátegui.

LA REUNION DEL 4 DE MARZO DE 1930 Y EL PRIMER PROGRAMA DEL PARTIDO

La respuesta a ésta y otras interrogantes está dada en las resoluciones del 4 de marzo de 1930 a que hemos aludido repetidas veces; resoluciones que culminarán -en esencia e inequívocamente- en la definición comunista de nuestro Partido, confirmando de paso, a plenitud, el papel irrefutable de Mariátegui como su fundador y guía.

Finiquitando la polémica -auténtica polémica- tanto con los fundadores del Apra como con los socialistas pequeños burgueses o «socialistas nacionales» de Luciano Castillo, la primera de estas resoluciones redactadas por Mariátegui, dice así:

«El Comité Central del Partido se adhiere a la III Internacional y acuerda trabajar por obtener esta misma adhesión de las demás grupos que integran el Partido» **(17)**.

Luego, el mismo Comité Central, con la sola exclusión de Castillo y su grupo, aprobó también una declaración de principios, con el siguiente texto inicial:

«La ideología que adoptamos es la del marxismo leninismo, militante y revolucionario, doctrina que aceptamos en todos su aspectos: filosófico, político y económico social. Los métodos que sostenemos y propugnamos

son los del socialismo revolucionario. No sólo que rechazamos sino que combatimos en todas sus formas los métodos y las tendencias de la socialdemocracia y de la segunda internacional».

Finalmente la sesión ratificó el programa del Partido, cuyos principios y más importantes capítulos doctrinarios son los siguientes:

Primero: «El carácter internacional de la economía contemporánea que no consiente a ningún país evadirse de las corrientes de transformación surgidas de las actuales condiciones de producción».

Segundo: «El carácter internacional del movimiento revolucionario del proletariado. El partido socialista adopta su praxis a las circunstancias concretas del país; pero obedece a una amplia visión de clase y las mismas circunstancias nacionales están colocadas al ritmo de la historia mundial. La revolución de la Independencia hace más de un siglo fue un movimiento solidario de todos los pueblos dominados por España; la revolución socialista es un movimiento mancomunado de todos los pueblos oprimidos por el imperialismo. Si la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que, en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios. El manifiesto de Marx y Engels condensó el primer principio de la revolución proletaria en frase histórica: «Proletarios de todos los países, uníos».

Tercero: «El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista. El capitalismo, se desarrolla en un país semifeudal como el nuestro, en instantes que, llegada la etapa del monopolio y del imperialismo, toda la ideología liberal correspondiente a la etapa de la libre competencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos, semi coloniales, que explota como mercado de su capital y sus mercaderías y como depósito de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo. Los obliga a la especialización, a la monocultura que se deriva de esta rígida determinación de la producción nacional por factores del mercado mundial capitalista».

Cuarto: «El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias brutas. La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú los adopta como su método de lucha» **(18)**.

Quedó fundado definitivamente nuestro Partido, que algunas semanas después adoptó, en consecuencia el nombre de Partido Comunista. Así se registró en el libro de nuestra historia patria y en las páginas del Movimiento Comunista Internacional el nacimiento del partido revolucionario de la clase obrera y de las fuerzas antiimperialistas y socialistas en el Perú. A los dos años de este acontecimiento, un 16 de abril

de 1930, dejó de latir el corazón y de alumbramos el pensamiento del gran Amauta peruano, de nuestro camarada y hermano José Carlos Mariátegui.

* CUATRO FACETAS DE LA HISTORIA DEL PCP. Ediciones Unidad, octubre de 1987.

- (1) José Carlos Mariátegui: "Historia de la Crisis Mundial". Obras completas. T VIII Pág. 17.
- (2) Confróntese al respecto la carta, con fecha 20 de mayo de 1928, que dirigiera Haya a Mariátegui carta publicada por Ricardo Martínez de la Torre en su obra "Apuntes para una Interpretación Marxista de la Historia del Perú, tomo II, Págs. 298 Y 299.
- (3) Consúltese el texto de esta correspondencia en la obra de Ricardo Martínez de la Torre: "Apuntes para una interpretación...", T II, Págs. 290-296-297 y siguientes.
- (4) Armando Bazán, en su Ensayo biográfico titulado "Mariátegui y su Tiempo», editado por la "Biblioteca Amauta» 1970, Pág. 81 relata su primer encuentro con José Carlos refiriéndose precisamente a esto de la siguiente manera: "Una persona desconocida entre nosotros había comenzado a hablar conservando su voz baja entre el murmullo de las otras voces. Pero, hubo un momento en que se quedó sola; emergía limpia y afinada, atrayendo la mirada de todos los presentes». "Los viejos a la tumba; los jóvenes a la obra». Está muy bien Pero, ¿de qué viejos y de qué jóvenes se trata? Porque yo he visto marchar a los jóvenes fascistas romanos al compás de la Giovinezza; Giovinezza fue el himno oficial del fascismo italiano en tiempos de Mussolini. Giovinezza significa juventud, hay muchos jóvenes que llevan los signos de la decrepitud en la frente. Y el viejo Jean Jaurés era el espíritu más joven de Francia».
- (5) José Carlos Mariátegui: "Historia de la Crisis Mundial». Obras completas. Tomo VIII. Págs. 15-22.
- (6) Ricardo Martínez de la Torre: "Apuntes para una interpretación".» Tomo 11- Págs. 273-274.
- (7) Confróntese "La correspondencia sudamericana» Nos. 25 y 29, del 15 de junio y del 15 de agosto de 1927, respectivamente.
- (8) El subrayado es nuestro
- (9) Alusión al proyecto de presentar al Apra con ese nombre, formulado por Haya de la Torre al acercarse la proximidad de una posible convocatoria a elecciones presidenciales, en 1928.
- (10) José Carlos Mariátegui: "Ideología y Política», Obras Completas, tomo XIII- Págs. 246 - 248.
- (11) Desde 1950 Magda Portal, antigua amiga y colaboradora de Mariátegui, rompió con el aprismo y fue reto mando cada vez más claramente el camino revolucionario.
- (12) Ricardo Martínez de la Torres. "Apuntes para una interpretación Marxista ... » Tomo 11, Págs. 296 - 297
- (13) Armando Bazán: "Mariátegui y su tiempo» Obras completas de José Carlos Mariátegui. Tomo XX- Págs. 113 ·114.
- (14) Léase la reciente obra de Alberto Flores Galindo titulada "La Agonía de Mariátegui, que en este aspecto reproduce y amplía una tesis similar sustentada en varios trabajos por el escritor argentino-mexicano José Aricó.

(15) José Carlos Mariátegui "Historia de la Crisis Mundial», Obras Completas. T VIII, Págs. 19, 21 Y 22.

(16) El señor Flores Galindo, y sus acompañantes conocen, indudablemente, todos estos hechos pero prescinden de ellos en forma deliberada. Les preguntamos por eso, ¿por qué no los mencionan, ni de pasada, en sus libros y por qué si, como ellos dicen, Mariátegui en su lucha con la Internacional Comunista tuvo que enfrentarse a la mayoría de miembros del Comité Organizador, no se apoyó entonces en el grupo "socialista» de Luciano Castillo que sostenía, frente a la internacional Comunista, un punto de vista exactamente igual al que sostienen hoy el propio señor Flores Galindo y sus amigos?

(17) José Carlos Mariátegui, "Ideología y Política», "Obras Completas», T XIII, págs. 159 – 160.

(18) Ricardo Martínez de la Torre. "Apuntes para una Interpretación .. » T 11, Pág. 51

II. EL PARTIDO FRENTE A LAS DICTADURAS Y SU MISIÓN DE VANGUARDIA*

Jorge del Prado

* CUATRO FACETAS DE LA HISTORIA DEL PCP. Ediciones Unidad, octubre de 1987.

Queridos camaradas y amigos:

Antes de desarrollar la segunda charla voy a referirme a un aspecto relacionado con temas anteriormente expuestos, en torno a la fundación de nuestro Partido y al papel de Mariátegui.

LA ORIENTACION MARXISTA-LENINISTA DEL PARTIDO

Es preciso recordar que un día como hoy, 16 de setiembre, hace exactamente 50 años, se acordó crear el primer Centro Inicial Comunista encargado de orientar el trabajo del Comité Central organizador del Partido. Dijimos en la primera Conferencia que el Partido nació con el nombre de Partido Socialista, pero con una orientación claramente marxista-leninista y adherido a la III Internacional. La formación de este núcleo, o célula comunista, obedeció justamente a la necesidad de garantizar esta orientación y por eso estuvo encabezado por Mariátegui.

En su obra "Apuntes para una Interpretación marxista de la Historia Social del Perú", Martínez de la Torre se refiere al hecho de la siguiente manera:

"Fueron escogidos con detenida escrupulosidad los compañeros de más solvencia, de más responsabilidad, capaces de imprimir, desde el primer momento, una buena dirección al Partido que se trataba de fundar".

"Esta reunión se realizó en la mitad del camino que conduce a la playa de la Herradura, el domingo 16 de setiembre de 1928. Eran siete los iniciadores; cuatro obreros: Julio Portocarrero, Avelino Navarro, Hinojosa y Borja; un empleado de Seguros: Ricardo Martínez de la Torre; un vendedor ambulante: Bernardo Regman. José Carlos Mariátegui no pudo asistir pero sus puntos de vista los presentó Martínez de La Torre"

Los acuerdos tomados fueron los siguientes:

1. "Constituir la Célula inicial del Partido, afiliado a la III Internacional, y cuyo nombre sería el de Partido Socialista del Perú, bajo la dirección de elementos conscientemente marxistas".

2. "Ayudar a la Célula de oposición sindical que Julio Portocarrero había organizado para realizar las tareas y directivas fijadas en el V Congreso de la Internacional Sindical Roja".

3. "El Comité Ejecutivo del Partido Socialista estará formado por la "Célula secreta de los siete.

4. "Convocar a una nueva reunión en la cual se incorporará a otros elementos".

Esa nueva reunión fue la del 7 de octubre de 1928, fecha en que, como dijéramos en la Conferencia anterior, quedó formalizada la fundación del Partido. Por eso, insisto que el día de hoy, 16 de setiembre, tiene una significación singular en el contexto de las celebraciones de nuestro 50 Aniversario.

Hoy se cumplen 50 años de vida partidaria. Hace algún tiempo, cuando decidimos conmemorar nuestro jubileo, discutimos cuál sería la fecha más apropiada: si el 16 de setiembre o el 7 de octubre. Al final se acordó que se celebrara el 7 de octubre, ya que en tal fecha el Partido inició públicamente su actividad.

VERSIONES CALUMNIOSAS CONTRA EL PCP

Ahora bien, camaradas, en torno al tema que hoy vamos a desarrollar queremos fijar la atención en diversas versiones calumniosas, destinadas a hacer creer que así como el Partido Comunista no nacía como producto de la realidad nacional tampoco sería un Partido Revolucionario. Los primeros en propagar esta falsa y deleznable tesis fueron los dirigentes apristas, y, cincuenta años después, la repiten contra toda evidencia histórica. Dicen que el Partido Comunista, por no ser revolucionario, nunca fue perseguido y ni siquiera se le aplicó el artículo 53 de la Constitución, artículo que en la anterior Carta Magna prohibía la existencia de partidos de organización internacional, y que ha sido esgrimido como arma represiva de los gobiernos dictatoriales. Han aseverado esto, incluso, en la Asamblea Constituyente de 1978 y en artículos firmados por Juan José Vega. Insistiendo en semejante patraña presentan, además, al PCP como colaborador de las dictaduras, afirmando machaconamente que el Partido Comunista no combatió a los principales adversarios del pueblo peruano, incurren pues, deliberadamente, en una grosera distorsión del pasado histórico de nuestro Partido.

Naturalmente, en esta oportunidad no vamos a reseñar en forma minuciosa y cronológica la verdadera historia de nuestro Partido. No hay tiempo para eso, en una conferencia como la que hoy desarrollamos. En base a los documentos que disponemos podríamos hacer un amplio esclarecimiento, que abarcaría mucho más que una charla. Ahora nos proponemos sólo responder brevemente a estas calumnias con el objeto de demostrar, al respecto, cuatro cosas:

1. Que nuestro Partido siempre se esforzó por interpretar en forma cabal los intereses de los trabajadores, de las masas oprimidas y explotadas del país y luchó por la independencia nacional y contra la dominación económica y política del imperialismo y los explotadores nativos.

2. Siempre desplegó una lucha consecuente, valerosa, revolucionaria.

3. Que con esta lucha el PCP ha contribuido y contribuye al avance de la conciencia revolucionaria del pueblo y a un fortalecimiento constante de las fuerzas revolucionarias y progresistas.

4. Que las luchas del Partido Comunista Peruano siempre estuvieron vinculadas a la acción de masas.

LAS REPRESIONES ANTICOMUNISTAS DE 1927 Y 1929

Para fijar mejor el papel histórico de nuestro Partido tal vez sea necesario cotejar, previamente, algunas de las acciones del Apra con las del Partido Comunista. Teniendo en cuenta que la antigüedad del Apra es un poco mayor que la nuestra, la comparación resulta muy esclarecedora y útil.

El Partido Aprista ha librado, en sus primeros tiempos, importantes luchas contra la dominación política de la vieja oligarquía y, por eso, fue en esas ocasiones duramente perseguido y reprimido. Pero si examinamos atentamente dichas acciones veremos que fueron estrechamente partidarias. Por ejemplo, la insurrección aprista de Trujillo, en 1932, no obstante el papel de protagonista principal de los trabajadores, se dio al margen de las reivindicaciones de ellos, sin respaldo de las luchas populares. Y así, cada vez que el Partido Aprista se empeñó en acciones violentas por las cuales fue perseguido, no tuvo como objetivo central la defensa de la clase de los Obreros, campesinos, etc. sino solamente el afán de lograr que el Partido Aprista capturara el poder sin un propósito claramente social ni revolucionario.

En cambio, cada una de las jornadas del Partido Comunista, cada una de las persecuciones y represión que tuvo y tiene que enfrentar están vinculadas a la lucha reivindicativa y revolucionaria del proletariado, del campesinado, del pueblo peruano en su conjunto. Por eso dijimos, en la charla anterior, que la fundación de nuestro Partido fue, si se quiere, una gestación con un parto doloroso que los trabajadores hicieron posible en plena lucha clasista.

Y a ese respecto, debo destacar que con Mariátegui, en pleno proceso de organización partidaria, comenzamos a sentir los zarpazos represivos de la primera dictadura civil sometida totalmente al imperialismo yanqui. Dicho régimen aparte de haber deportado a algunos políticos burgueses, liberales o simplemente opositores del gobierno, dispuso las represiones más fuertes y violentas contra el movimiento obrero y contra quienes comenzaron a trabajar por la formación del Partido Comunista Peruano. Recordemos que en el año de 1927, el Ministro de Gobierno de ese entonces, el latifundista Celestino Manchego Muñoz, inventó el primer "complot comunista" de la historia peruana, para justificar la represión de nuestro maestro y fundador, compañero José Carlos Mariátegui. Leguía, dándose cuenta de lo que significaba que el proletariado adquiriera conciencia de clase y asumiera posiciones antiimperialistas -como estaba ocurriendo por obra de Mariátegui- presionado por el Embajador Norteamericano, clausuró "Amauta" y reprimió duramente a los dirigentes sindicales clasistas, tomando como pretexto el descubrimiento de "un complot comunista". Fueron apresadas el 7 de junio de 1927, en efecto, más de cuarenta personas, la mayor parte dirigentes obreros, y también algunos intelectuales de avanzada como Magda Portal, Serafín del Mar y otros pertenecientes a las Universidades Populares. Ya expliqué, en otra charla,

cómo reaccionó Mariátegui frente a semejante patraña; leí una carta que dirigió a los diarios de Lima en la que no sólo desmiente y desenmascara aquella farsa del "complot comunista", sino que asume a plenitud su filiación marxista-leninista y la responsabilidad de las ideas contenidas en sus escritos. Recordemos que gracias a la campaña internacional y nacional de protesta por su prisión, fue puesto en libertad y meses más tarde reapareció "Amauta".

Pero no fue la única prisión, En setiembre de 1929 se repitió la farsa con un segundo "complot comunista", fraguado por la reacción. En esta oportunidad, aparte de la intención represiva, anticomunista, hubo otra motivación muy diferente. El Gobierno de Leguía se encontraba en una situación económica difícil. Eran los últimos años de este régimen y comenzaba a sentirse en nuestro país -de manera realmente dramática- la más profunda crisis cíclica del sistema capitalista de la primera post guerra, reflejándose pronto en la reducción del mercado internacional para los productos peruanos y en la restricción del crédito externo. El Gobierno de entonces no sabía dónde encontrar recursos financieros, lo cual no sólo afectó a las grandes masas sino también a los funcionarios públicos corruptos, que ya no recibían prebendas de las empresas imperialistas afectadas también por la crisis. Cayeron en prisión cerca de doscientas personas, muchas de ellas comerciantes judíos, que estuvieron encarcelados junto con antiguos dirigentes obreros que antes, en 1927, fueron también detenidos por ser colaboradores de Mariátegui.

De este episodio, que afectó directamente a José Carlos, tanto por las consecuencias que repercutieron en su salud como por la clausura de "Amauta" y "Labor", conservo un vivo recuerdo en razón de que lo ocurrido contribuyó a afirmar su posición revolucionaria.

Las polémicas entre Mariátegui y el Apra ya habían fijado bien sus rumbos totalmente divergentes. "Amauta" resurgió como una revista socialista para impulsar la lucha por la revolución en -el Perú. Había dejado de ser una revista de izquierda, de vanguardia. etc. Como el partido ya estaba fundado, la preocupación de Mariátegui frente a esta segunda represión consistió en enfrentar al enemigo, una vez más, en forma altiva y valerosa, influir en el ánimo de los presos para que no nos desmoralizáramos. Recuerdo que cuando salí yo en libertad luego de permanecer mes y medio en el cuartel "El Sexto", Mariátegui me preguntó cómo se habían portado los cc. en prisión, y su comentario fue que habíamos sufrido simplemente "un accidente de trabajo", que deberíamos procurar de inmediato la recuperación del tiempo perdido y volver a la lucha con mucha mayor entereza, con mayor vigor. Y esa actitud fue similar para con todos. Desde entonces se inició en el Comité Organizador del Partido, un trabajo más intenso y militante, se reanudó la salida de "Amauta" y, al mismo tiempo, se vigorizó la tarea organizativa en la CGTP y se impulsó el trabajo de construcción partidaria.

LABOR DE MARIATEGUI EN LAS MINAS DEL CENTRO

A ese impulso se debió también el inicio del movimiento huelguístico y organizativo de los mineros y metalúrgicos del Centro del Perú, cuyo punto

de partida estuvo en el asiento de Morococha, Allí había ocurrido meses antes (1928) el hundimiento de la Laguna que da nombre al lugar, motivada por el desprecio a la vida de los trabajadores de parte de la empresa yanqui "Cerro de Pasco Copper Corporation". Esa empresa había preparado las galerías de las minas a muy poca distancia del fondo de la laguna, provocando así la violenta inundación de estos socavones al perforarse el hondón. A consecuencia de este hecho se ahogaron muchos trabajadores, los norteamericanos eludieron su responsabilidad en la tragedia y se negaron a indemnizar a los familiares de los obreros muertos.

Como había allí una agencia de "Amauta" representada por Adrián Sovero y Gamaniel Blanco, por intermedio de "Labor", nuestro Partido en embrión encabezó la lucha contra la cruel indolencia de la empresa yanqui y contribuyó así, a que, posteriormente, en octubre de 1929, se organizara la primera huelga en este Centro Minero. Y esa huelga sentó también las primeras bases de lo que más tarde sería la primera Federación de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos en la región central y a nivel nacional.

A partir de esta primera huelga minera la dictadura leguista desencadenó sucesivas medidas represivas contra el movimiento sindical, particularmente contra la CGTP. Julio Portocarrero, primer Secretario General y delegado de la Federación Minera de Morococha ante esa central, fue apresado en los primeros días de marzo de 1930. Entonces Mariátegui mismo tomó a su cargo la organización de un vigoroso movimiento obrero de solidaridad, demandando la libertad del mencionado dirigente sindical.

Por decisión de Mariátegui, yo me dirigí a Morococha (marzo de 1930) justamente para organizar esta campana, la cual no tardó en lograr la libertad de Portocarrero.,

En ese lapso, la enfermedad de Mariátegui hizo crisis y aunque la huelga de solidaridad, sólo fue parcial, ello fortaleció muy considerablemente el trabajo orientado a dar vida a lo que más tarde sería la Federación Minera y Metalúrgica del Centro.

Nuestro Amauta muere físicamente el 16 de abril de 1930.

EL DERROCAMIENTO DE LEGUÍA

En agosto del mismo año se produjo la caída de Leguía, precipitada por la crisis económica. Leguía representó, por primera vez, a un sector de la oligarquía nativa que se puso al servicio del imperialismo yanqui.

La economía del Perú, después de la Primera Guerra Mundial, dependía fundamentalmente de la colocación de materias primas en el mercado norteamericano, al mismo tiempo que las finanzas públicas comenzaron a endeudarse con los prestamistas yanquis. Es así que cuando en 1929 se inicia la más honda crisis económica del capitalismo ella abarcó todas las ramas de la producción, el comercio, la industria, la banca (quebró el importante Banco del Perú y Londres), el transporte, diversos aspectos de la vida económica y social de nuestra patria. El crack se prolongó hasta 1933, sin que se librara de sus efectos ningún país capitalista del mundo, y menos aún los países dependientes, coloniales y semicoloniales.

Leguía no pudo resistir el embate de la crisis, sucumbió ante la consecuente inestabilidad. Se acentuó de este modo su acción represiva, pero ello no pudo contener el descontento popular, determinado por la violencia y creciente desocupación y por la desorbitada elevación del costo de vida. El 30 de agosto de 1930 cayó Leguía y subió al poder, a raíz del golpe de Estado, el comandante Luís M. Sánchez Cerro. El nuevo gobierno aparentó, en sus inicios, responder a los reclamos de las masas populares, al condenar la dictadura leguista y anunciar el restablecimiento de amplias libertades democráticas.

Como la acción golpista coincidió con el propósito del imperialismo yanqui de relevar al desprestigiado y corrompido gobierno de Leguía, Sánchez Cerro no tardó en convertirse en nuevo instrumento represivo al servicio de los enemigos del pueblo. Se instauró así una de las dictaduras más feroces y sanguinarias, cuyas principales medidas represivas se dirigían contra el pujante movimiento de los trabajadores mineros y metalúrgicos. Las víctimas primigenias cayeron en la masacre de Malpaso, en noviembre de 1930.

Al referirme a este punto, quiero señalar que Mariátegui había previsto lo que iba a ocurrir trazando la proyección del desarrollo económico y político del país, había percibido, con claridad, el comienzo de la crisis; por ello, escribió en los últimos tiempos de "Amauta" varios artículos, en relación a esta perspectiva, a la inminencia del ascenso revolucionario, a la crisis económica que exigiría a los trabajadores peruanos intensificar y elevar el nivel de sus luchas reivindicativas; obligando al Partido Comunista a asumir una responsabilidad muy grande frente al porvenir.

Con ese objeto su labor, en las postrimerías de su corta vida, se orientó a inculcarnos a los militantes comunistas y, sobre todo, a los jóvenes, un gran fervor revolucionario, una mística para dejar toda y ponemos al servicio del Partido y del Movimiento obrero, a fin de lograr de nuestra parte esa identificación total con los trabajadores. Puso especial empeño en que los jóvenes camaradas de origen pequeño burgués -estudiantes e intelectuales- actuáramos al lado de los dirigentes sindicales como mecanógrafos, asesores, redactores o propagandistas de las organizaciones sindicales que se encontraban entonces en proceso de formación. Nos estimuló para formar núcleos de dirigentes obreros que recibieran capacitación teórica elemental sobre marxismo-leninismo, Economía Política, Materialismo Histórico, Historia Interpretativa del Perú y Sindicalismo Revolucionario.

Nosotros recibíamos charlas de ese tipo tanto de Mariátegui como de Martínez de la Torre, a quienes también informábamos y consultábamos los problemas concretos de la organización donde actuábamos. Mariátegui logró, así, distribuir una cantidad de cuadros nuevos por diversos lugares del país. A sugerencia mía, se me asignaron tareas ligadas al movimiento sindical, primero en el Callao, y luego, a sugerencia mía también, en el asiento de Morococha, con proyección a la zona minera de los Andes Centrales.

Por eso, cuando la caída de Leguía abrió una perspectiva democrática y el pueblo salió a las calles gritando muera a la dictadura y reivindicaba las

libertades ciudadanas, nosotros ya nos encontrábamos preparados para transformar este ascenso combativo en acciones de mayor envergadura y claro contenido clasista, apoyados en las masas populares, y, principalmente, en los trabajadores.

LOS COMBATES DEL PCP Y DE LA CLASE OBRERA ENTRE 1930 Y 1933

Al asumir la presidencia Sánchez Cerro, surgieron sindicatos en todo el país dirigidos en apreciable proporción por cuadros comunistas preparados en la época de Mariátegui. La recientemente fundada CGTP, creció en forma rápida. En noviembre de 1930 contaba con unos cien mil afiliados, procedentes de las organizaciones más importantes del país, como se verificó en aquella fecha durante el Primer Pleno de la Central Sindical fundada por José Carlos. Este crecimiento fue producto de grandes jornadas reivindicativas, en las cuales le cupo a nuestro Partido un papel muy honroso.

Los comunistas participamos, en efecto, no sólo en la organización sindical de los trabajadores mineros y metalúrgicos del Centro, sino también en la de los petroleros y de los azucareros del Valle de Chicama. Así mismo sentamos los cimientos de las centrales departamentales de trabajadores de Arequipa, Cusco, Puno, etc. Por tales actividades nos correspondió la conducción de una de las más importantes jornadas del proletariado peruano, aquella que elevó rápidamente su nivel de lucha, hasta culminar con la formación de núcleos de poder local en manos de los trabajadores. Nos referimos a la huelga minera, iniciada el 12 de noviembre de 1930, que fue sangrientamente reprimida por el Gobierno de Sánchez Cerro (masacre de Malpaso), a la que siguió un Paro Nacional de Protesta decretado por la CGTP y la subsiguiente ilegalización tanto de la Federación Minera como de la Central Nacional, y de todo el movimiento sindical afiliado a ella.

Del mismo modo nuestros cuadros formados por Mariátegui, fueron protagonistas, después de! fallecimiento del Amauta, de la gran Huelga de trabajadores petroleros de Talara, Lobitos y Lagunitos, el 9 de febrero de 1931, Y de los mismos trabajadores en junio de ese año. La represión de esta última huelga se produjo durante la Junta de Gobierno de Samanéz Ocampo, considerado en la historia oficial de nuestra vida republicana como un Gobierno democrático, opuesto a la dictadura. Sin embargo, no obstante la masacre, el apresamiento y torturas de los dirigentes sindicales, la huelga tuvo un final victorioso doblegando, por primera vez, a la empresa imperialista de triste recordación, la International Petroleum Co., y constituyéndose en el antecedente más importante e influyente de la ulterior lucha -al final también victoriosa- por la nacionalización del petróleo, explotado ilegalmente y en forma voraz, hasta el 9 de octubre de 1968, por la mencionada empresa.

Los trabajadores petroleros, en cuya cúspide actuaban dirigentes socialistas y comunistas, obtuvieron no sólo aumento de salarios y la libertad de sus dirigentes, sino también el reconocimiento de sus organizaciones sindicales, la supresión de las trabas impuestas por la empresa yanqui, el libre tránsito de los peruanos en esa zona y el reconocimiento de la jornada de ocho

horas y de otros beneficios sociales consignados en la legislación laboral peruana.

En el puerto del Callao, así como en todo el litoral peruano, los comunistas que -desde los días de Mariátegui- habíamos contribuido decisivamente a la organización sindical de los trabajadores del mar y de los puertos (y a su centralización en la Federación de Tripulantes y Estibadores), participamos también de manera determinante -poco después de la muerte de José Carlos- en la organización sindical de los Trabajadores Marítimos y Portuarios del Perú. Contribuimos igualmente, a la organización de los primeros sindicatos de pescadores (entonces dedicados exclusivamente a la pesca de consumo humano) y de los sindicatos de parihueleros. Si se consulta las actas de la fundación de todas estas organizaciones se comprobará la presencia de un buen número de comunistas entre sus primeros dirigentes.

La acentuación de la lucha de clases en aquellos días y el papel desempeñado en ella por los comunistas, hicieron que la dictadura de Sánchez Cerro descargara sus golpes principalmente contra nuestro Partido, aunque también fue perseguido el Partido Aprista. Pero al caer el Gobierno sanchecerrista, frente a un movimiento cívico-militar del sur del país, encabezado por el hacendado del Partido Descentralista, David Samané Ocampo, se operó sólo un cambio parcial en esta situación.

El movimiento insurgió y triunfó preconizando la descentralización económica y administrativa del país, y también el imperio irrestricto de las libertades democráticas. Asumió la Presidencia de una Junta de Gobierno, constituida en Arequipa (24 de febrero de 1931). El 10 de marzo, del mismo año, pasó a presidir una Junta de Gobierno, con jurisdicción nacional. Dio un Estatuto Electoral -elaborado por una Comisión de la que formaban parte dos apristas: Carlos Manuel Cox y Luís Alberto Sánchez- que estableció el voto obligatorio y secreto, que se puso en práctica en los comicios efectuados en octubre de 1931. Se constituyó un Gabinete Ministerial integrado por personalidades conocidas por su filiación democrática, tales como el poeta José Gálvez y el jurista Francisco Tamayo. Consejo de Ministros que convocó luego a Elecciones Generales. En esas condiciones, cambió también la situación del Apra, convirtiéndose en virtual aliado del Gobierno de transición y en principal beneficiario político del mismo. Sin embargo, no modificó esencialmente la situación de nuestro Partido ni la de la CGTP. Esta Central había combatido en todo instante y muy enérgicamente a la dictadura anterior y, además, contribuyó en forma directa y terminante, a su derrocamiento. Entregó el poder al General Luis M. Sánchez Cerro el 8 de diciembre de 1931.

En efecto; Sánchez Cerro, antes de dejar el mando, convocó a los representantes de todas las organizaciones políticas, económicas y sociales para solicitarles apoyo en la conformación de un nuevo gobierno que, proclamándose democrático, evitara el triunfo del movimiento insurreccional iniciado en el Sur. La CGTP fue invitada también a esta reunión en Palacio, no obstante que había sido ilegalizada y perseguida por el propio Sánchez Cerro. La Central asumió una posición muy firme: expresó que la clase obrera no podía olvidar la sangrienta represión antipopular desatada por ese Gobierno para servir al imperialismo norteamericano; exigió la inmediata liberación de los dirigentes sindicales Y políticos víctimas de esa

represión, así como el perentorio reconocimiento legal de las organizaciones obreras, campesinas y populares; y demandó la inmediata renuncia del dictador, para facilitar la formación de un Gobierno realmente democrático.

Así la instauración de un nuevo gobierno presidido por Samanéz Ocampo, gracias a esta decisión de la central clasista dirigida por los comunistas, encontró el camino expedito para iniciar su gestión, accediendo a algunas demandas del pueblo peruano y a la convocatoria a elecciones generales. Su comportamiento en el terreno sindical y político frente a la clase obrera, no se diferenció, sin embargo, del de Sánchez Cerro: mantuvo la marginación legal de la CGTP y de nuestro Partido. Y si Sánchez Cerro ordenó las masacres de Malpaso y de los campesinos de Oyón, llenó las cárceles y "El Frontón" de presos comunistas y sindicalistas, el nuevo Gobierno fue responsable de la masacre de Talara, de la sangrienta represión del pueblo arequipeño en mayo de 1931 y, además, dictó contra el movimiento sindical clasista y los comunistas una ley que, por primera vez, reprimía con pena de muerte los denominados "delitos político-sociales".

Todo lo cual se agravó con la utilización siniestra de las selvas de "El Satipo" como campos de confinamiento para luchadores sociales. Varios camaradas nuestros, dirigentes nacionales y regionales, fueron relegados allí, inaugurando esa nueva modalidad represiva.

Aunque en su aspecto global la Junta de Gobierno de Samanéz fue relativamente democrática, por haber realizado, antes de un año, las elecciones generales más avanzadas hasta entonces, no lo fue concretamente en lo que atañe a nuestro Partido y a la organización sindical clasista. Y es que la crisis cíclica de aquellos años -la más vasta y profunda en la primera postguerra- seguía agudizando la lucha de clases de los trabajadores. Estos, naturalmente, no podían resignarse, tenían que luchar contra la desocupación, la rebaja de los salarios y contra las precarias condiciones de vida. La CGTP no abandonó esa lucha y la condujo en abierta oposición al gobierno. El PCP continuó consecuentemente la lucha reivindicativa y popular mientras Haya y sus partidarios se dedicaron preferentemente a las tareas electorales con el apoyo de Samanéz Ocampo, desarrollando a la vez una intensa campaña anticomunista y contra la dirección del movimiento obrero que dirigía y centralizaba la CGTP. Es muy importante señalar las jornadas que se desarrollaron durante el mandato provisional de Samanéz Ocampo.

Una de estas heroicas jornadas fue el gran mitin de los desocupados de Lima y Callao, realizado en los primeros meses de 1931, en la Plaza San Martín. Este tuvo una repercusión política muy grande, por que no sólo concurren los desocupados, sino también las masas obreras organizadas bajo la conducción de la CGTP.

A los cuatro días de esa jornada se sublevaron los sargentos y soldados del cuartel de "Santa Catalina", desmandando al gobierno mejores condiciones de vida y el pago de remuneraciones atrasadas. Fue, sin duda alguna, el primer movimiento de contenido clasista desarrollado entre la tropa, al influjo de las luchas sociales protagonizadas por la clase obrera y su central,

pese a la utilización oportunista que intentaron hacer de este hecho los partidarios de Sánchez Cerro.

Pero la acción de mayor envergadura en Lima y Callao fue la huelga general del 11 al 15 de mayo de 1931, en solidaridad con los choferes del servicio colectivo, enfrentados al proyecto de monopolizar el transporte urbano en manos de la empresa yanqui Metropolitana CO., subsidiaria de las Empresas Eléctricas Asociadas, empellada en acaparar el transporte de pasajeros con grandes líneas de ómnibus y tranvías. Esta medida significaba la elevación arbitraria de pasajes y el virtual licenciamiento de numerosos trabajadores que, con gran esfuerzo, se sustentaban con el empleo de sus propios vehículos haciendo transporte colectivo.

La huelga triunfó al cabo de cuatro días, gracias a la envergadura que alcanzó la acción solidaria de la clase obrera, de los pequeños comerciantes y amas de casa, en fin de toda la población movilizada, principalmente, por las actividades de nuestro Partido.

Un día antes del término de la huelga de "colectiveros", se produjo en Arequipa un levantamiento popular contra las medidas represivas de las autoridades departamentales. El pueblo, indignado por los maltratos que sufrieron los obreros Mostajo y Herrera, realizó un mitin multitudinario en la Plaza de Armas, tomó el local prefectural e izó la bandera roja; cuando la policía se aprestaba a reprimir a los manifestantes, la tropa del ejército influida por los sucesos del Cuartel Santa Catalina, de la capital, hizo ostensible sus simpatías con la protesta popular e impidió el desencadenamiento de una brutal masacre.

Herrera y Mostajo fueron liberados. El subprefecto de Arequipa, Salazar, principal responsable de los sucesos, fue capturado y muerto en Moliendo por los trabajadores portuarios.

La CGTP llevó a cabo sin tardanza un balance autocrítico de su actuación en estas jornadas, para reajustar la estrategia y táctica del movimiento sindical, y adoptar medidas tendentes a fortalecer la capacidad combativa de los trabajadores.

El balance político del gobierno de Samanéz Ocampo al terminar su mandato, no fue, pues, positivo para los trabajadores peruanos. La ley de la Pena de Muerte contra las actividades político-sociales y la apertura de centros de confinamiento en la selva amazónica, en Madre de Dios y el Satipo, para recluir a los comunistas y a los dirigentes sindicales, resultaron hechos denigrantes en la historia del movimiento obrero y popular. Y, como ya dijimos, en ese régimen el Apra gozó de amplias libertades para intervenir en el proceso electoral, mientras que el Partido Comunista tuvo que actuar ilegalmente, aunque eso no impidió que lanzara en las elecciones generales de 1931 la candidatura simbólica del dirigente comunero quechua Eduardo Quispe y Quispe. Sin embargo, el descontento popular contra el inconsecuente gobierno de Samanéz Ocampo fue capitalizado, principalmente, en el terreno electoral, por Sánchez Cerro, que resultó triunfante en esas elecciones. El Partido Comunista Peruano conjuntamente con la CGTP, expresaron su repudio a dicha elección en un gran mitin realizado en la Plaza Bolívar con motivo de la instalación del

nuevo régimen, el 8 de diciembre de 1931, cuyo triunfo se debió en parte también al fraude electoral.

La política antiaprista de Sánchez Cerro, expresada en el desafuero de los constituyentes del Apra y en la ocasional persecución de los dirigentes de ese partido, resultaban en ese contexto como una prolongación de rivalidades electorales y de la competencia partidaria APRA-UR **(1)**.

Frente al PCP y la CGTP, la conducta del segundo Gobierno de Sánchez Cerro fue la del enemigo de clase. Tuvo una acentuada orientación anticomunista y antiobrera, enfilando contra los militantes comunistas todo el rigor de la "ley de Emergencia", ley que prohibía la organización sindical, las huelgas y la afiliación al PCP, considerándolo partido de organización internacional, conforme al artículo 53 de la Constitución que aprobara la Asamblea Constituyente de 1933. Por efecto de esa ley, nuevamente numerosos comunistas fuimos llevados prisioneros a la selva de Madre de Dios. Allí estuvimos entre otros camaradas, Luís Cuadros, Avelino Navarro y yo. Pero, además, las cárceles del país y el penal de la Isla de "El Frontón" se llenaron también de militantes y dirigentes comunistas, aunque esta vez compartiendo penurias con partidarios apristas, enfrentados a Sánchez Cerro.

En "El Frontón" se vivió, entonces, una experiencia revolucionaria muy interesante. Allí fueron recluidos comunistas y dirigentes sindicales de diversos lugares del país. Con ellos se organizaron cursos de capacitación ideológica y política. Al decretarse la amnistía política, con motivo de las elecciones generales, cada uno retornó a su lugar de origen, extendiéndose de este modo la organización partidaria y sindical por todo el territorio nacional. "El Frontón" devino así, desde entonces, en escuela revolucionaria que permitió la formación de nuevos cuadros, para darle al Partido y a la CGTP amplia estructura de base y mejor capacidad de lucha.

Las persecuciones, encarcelamientos y masacres perpetrados al amparo del Art. 53 de la Constitución, promulgada por Sánchez Cerro, en 1933, que ilegalizaba a los Partidos de "organización internacional", cobró víctimas del PCP en número muchísimo más crecido que las del Apra. Tal hecho se explica porque los comunistas constituían los enemigos de clase de los regímenes oligárquicos y entreguistas, y los que hacían más enérgica resistencia a la dictadura, con el apoyo real de los trabajadores.

Por esa época se inició la guerra peruano-colombiana, tras la cual se movían los intereses de los dos bloques imperialistas interesados en las riquezas petrolíferas de la Amazonía. Frente a las posiciones ya logradas por los monopolios yanquis en la Costa norte, Sánchez Cerro se inclinó en un momento a favor de los países del eje Roma-Berlín-Tokio, abrió el Perú a los inversionistas alemanes, italianos y japoneses. Al encenderse el conflicto bélico, el ejército peruano fue equipado con armamentos de Alemania y Japón.

Las fuerzas armadas de Colombia, persiguiendo la posesión definitiva del Puerto de Leticia, en el Amazonas, y contando con el apoyo de los inversionistas norteamericanos, pasaron fácilmente a la ofensiva logrando considerables ventajas en esa guerra. Cuando Sánchez Cerro se encontraba

movilizando nuevos contingentes de soldados destinados al frente, fue asesinado por un militante aprista. El general Oscar R. Benavides, que lo sucedió en la Presidencia de la República por acuerdo del Congreso, reaccionario surgido de la Asamblea Constituyente, suscribió a los pocos meses el Tratado de Paz con Colombia.

EL RÉGIMEN FASCISTOIDE DE OSCAR R. BENAVIDES

Benavides trató de afirmarse en la Presidencia borrando al comienzo la imagen represiva de su antecesor. A falta de un partido propio que lo apoyase -organización que sí tuvo Sánchez Cerro, la Unión Revolucionaria, de carácter fascista- se propuso atraer a las masas populares a través de un gabinete democrático-burgués, presidido por Jorge Prado Ugarteche hermano de Manuel Prado que, más tarde, resultó Presidente de la República por casi dos periodos constitucionales.

Se estableció un régimen de "Paz y Concordia", el mismo que, gradualmente, asumió posiciones derechistas y antipopulares por presión del imperialismo y la oligarquía, ante la movilización y combatividad de los trabajadores.

La reacción impuso un nuevo gabinete, presidido por José de la Riva Agüero, identificado con el fascismo. Riva Agüero atrajo el apoyo del imperialismo alemán, el asesoramiento de una Misión Italiana de Policía, e impuso la Ley 8505, copia fiel de las leyes fascistas dictadas contra la clase obrera y los comunistas. Esta ley draconiana facultaba a condenar con prisión de tres años a quien se le encontraba propaganda "subversiva" aunque no la estuviera repartiendo; el responsable de la propaganda recibía pena de 5 años, y quien realizaba actividad "conspirativa", o se enfrentaba a la policía, era condenado a muerte.

Benavides, siguiendo el molde de sus promotores fascistas, apeló a la demagogia, a la corrupción de dirigentes sindicales y al montaje de una organización gremial contraria a la CGTP.

Congruentemente con su línea demagógica, introdujo por primera vez el Seguro Social, aprovechando la relativa estabilización económica, luego de remontada la crisis de 1929 a 1933.

Habiéndose replegado el movimiento obrero en América Latina, ante la arremetida de gobiernos facistoides en el Perú, Benavides trató de aprovechar la coyuntura para formar un comité de reorganización sindical con la colaboración de los apristas Arturo Sabroso y Carty Caballero. Evidentemente, el gobierno no veía en el Apra un adversario ni un peligro y, por eso, concilió con él para quebrar el movimiento sindical.

Benavides aplicó todo el peso de su política represiva (el art. 53 de la Constitución y la Ley 8505) contra los comunistas y los dirigentes sindicales. En cambio actuó en forma muy tolerante frente a los apristas. Era posible semejante discriminación porque la Ley de Emergencia, que facultaba detener a una persona por tiempo indeterminado y a ponerla en libertad en cualquier momento -no había sido derogada-. Esta ley, en el peor de los casos, era aplicada a los apristas porque permitía dejarlos en

libertad en el instante en que capitulaban. En cambio a los comunistas le aplicaban con todo el rigor la Ley 8505, sometiéndolos previamente a juicios militares.

Ningún dirigente aprista, aunque sí algunos militantes de base, compareció ante los tribunales por imperio de la Ley 8505. Los comunistas sí pasaron por esta dura prueba.

Testimonios de la época, como el de "El Comercio" (8 de abril de 1938), refieren de la aplicación que se instauró contra mí por actividades partidarias y propagandísticas. Fui sentenciado a tres años de prisión. Al pasar el expediente a manos del Coronel Jefe de la Zona Militar, se objetó la sentencia proponiéndose una sanción de cinco años, alegando que las actividades que yo realizaba habían sido de conocimiento de las autoridades policiales desde tiempo atrás y que eran francamente peligrosas.

Durante el juicio no negué mi intervención partidaria y más bien puse énfasis en mis convicciones comunistas. Incluso fui objeto de llamadas de atención durante la audiencia por parte del presidente del Consejo, porque no me limité a contestar las interrogantes, sino que me extendía en la defensa de los principios comunistas.

A su turno los apristas tuvieron una conducta muy diferente, muchos capitularon y renunciaron a su organización partidaria para atenuar sus responsabilidades.

Recordemos que en 1933, cuando Hitler y el nazi-fascismo estaban en pleno ascenso en Alemania, Jorge Dimitrov fue acusado de incendiar el Reichstag. Al ser juzgado por los tribunales el gran dirigente búlgaro de acusado se convirtió en acusador y denunció al fascismo como un movimiento criminal, inhumano, bestial, retrógrado y cavernario. Defendió con firmeza el socialismo y el comunismo como las únicas perspectivas para el porvenir de la humanidad. Por la fuerza de su argumentación y por la presión de la solidaridad internacional, Dimitrov tuvo que ser absuelto.

Poco después se realizó el VII Congreso de la Internacional Comunista. Dimitrov trazó en él la estrategia y táctica del Frente Único para derrotar el nazi-fascismo.

Estos sucesos internacionales casi coincidían con la convocatoria a elecciones de 1936 en el Perú. Al proceso electoral se presentaron cuatro candidaturas: la de Luís A. Flores, heredero político de Sánchez Cerro y Jefe del Partido fascistoide "Unión Revolucionaria", Manuel Vicente Villarán, candidato ligado a la Universidad; Jorge Prado, representante de los banqueros; José Antonio y Eguiguren, que recibió el apoyo del PC y del Apra, dentro de la concepción del Frente Único.

El Partido Comunista conquistó en las elecciones de 1936 una diputación en el Sur del país -concretamente en el Cusco, con Simón Herrera Farfán- donde la influencia de los comunistas fue muy significativa, mucho mayor que la de los otros candidatos.

En cambio, en Lima, el resultado electoral fue adverso al PCP. Entre 1934 y 1936 gran parte de la dirección del partido estaba en prisión. Ravines se encontraba refugiado en Chile. Además, en esta época, comenzó el proceso de descomposición moral y política de este dirigente, desalentado por el avance del fascismo en el mundo.

El triunfo de Eguiguren fue desconocido por el gobierno. A Benavides se le prorrogó, mediante el Parlamento, por tres años más como Presidente constitucional. Afirmado así en la máxima representación, aplicó con el máximo rigor la Ley 8505.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, por presión del imperialismo norteamericano, el régimen de Benavides se acercó a las democracias, condenó el eje Berlín-Roma-Tokio, y se vio obligado a concurrir en Lima a la VIII Conferencia Panamericana, a la que asistieron todos los gobiernos de América Latina y los EE. UU. El nuevo rumbo de la política internacional y el mandato de la Constituyente indujeron a Benavides a convocar a las elecciones para 1939.

En este proceso electoral tomaron parte Manuel Prado, muy vinculado a la Banca Nacional y la burguesía financiera. José Quesada, abogado de empresas alemanas y japonesas. El primero era candidato de las democracias europeas y norteamericanas, (las Naciones Unidas, no existían en 1939, año en que se inició la Segunda Guerra Mundial. La ONU, fue fundada el 24 de octubre de 1945). Y el segundo, del nazi-fascismo criollo y de los grandes terratenientes exportadores y de su vocero: el diario "La Prensa", de Lima.

LA LUCHA CONTRA LA DESVIACION DERECHISTA DE RAVINES: EL I CONGRESO DEL PCP

En un primer momento, el Apra apoyó la candidatura de José Quesada. En el caso nuestro, estando gran parte de la dirección fuera del país, o perseguida (Ravines estaba refugiado en Chile), se dio una desviación derechista, que se concretó en el apoyo a la candidatura de Prado. Esta decisión, no consultada a las bases, generó una intensa lucha interna, la que fue aprovechada por el régimen pradista para dividir al Partido. El expediente que se utilizó fue muy sencillo: decretó la libertad de los comunistas encarcelados que habían estado de acuerdo en apoyar a Prado, mientras que exigía el cumplimiento del íntegro de la condena de quienes expresaron su oposición. Más adelante mantuvo medidas represivas contra estos últimos.

La tenaz lucha librada por el Partido desde las bases y desde el presidio, contra la desviación derechista, se vio reforzada con el aporte de los dirigentes comunistas que salieron en libertad, luego de cumplir las condenas; lucha que culminó exitosamente con la expulsión de Ravines y su grupo y con la realización del Primer Congreso Nacional del Partido, en 1942.

El histórico evento ratificó la expulsión de Ravines, por su conducta conciliadora con el nazi-fascismo, por abandonar la línea de clase y por capitular ante el pradismo. El Primer Congreso reivindicó la independencia

de clase del Partido, lo dotó de una estructura basada en el centralismo democrático y de un programa de lucha.

Hay que reconocer que destacaron en la lucha las bases de provincias, particularmente las del sur del país, y el movimiento sindical bajo la influencia de camaradas muy consecuentes. Por eso es que el régimen de Prado mantuvo su política represiva anticomunista. Puedo citar mi caso: fui apresado tres veces en ese período. El periódico del Partido fue clausurado otras tantas veces. Los hechos demuestran entonces -y esto lo saben perfectamente los apristas que los comunistas no sólo no colaboramos con este gobierno reaccionario, sino que lo combatimos enérgicamente. No es lícito que se apoyen en la conducta traidora de Ravines y su grupo porque justamente por esa conducta es que fue severamente sancionado y expulsado con deshonra de nuestras filas.

El Partido así, depurado, retornó el camino de la clase obrera y comisionó a sus cuadros sindicales a trabajar por la formación de la central única.

En Santiago de Chile se realizó, en 1943, el Congreso de los Trabajadores chilenos al que asistió "una delegación peruana integrada por comunistas y apristas. Allí convinieron en formar la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), compromiso que cumplieron, al retornar a Lima. La CTP, en sus inicios -al margen de la presencia reformista del Apra en la dirección- asumió una línea clasista y combativa.

El final del régimen de Prado coincidió con el término de la II Guerra Mundial. El Frente de las fuerzas antihitlerianas había logrado derrotar a la bestia del nazi-fascismo. En la victoria tuvo participación destacada el ejército y el pueblo soviéticos, la resistencia organizada por los Partidos Comunistas en los países ocupados por Hitler y Mussolini, y los movimientos antifascistas en América Latina.

SURGIMIENTO DEL FRENTE NACIONAL

Al momento de convocar a elecciones, el gobierno de Prado atravesaba, por las circunstancias mundiales antes referidas, por una etapa de auge del movimiento sindical y popular. El terreno estaba prácticamente abonado, para la constitución del Gran Frente Democrático Nacional. La idea comenzó a tomar forma en Arequipa, a iniciativa del Partido Comunista.

En el Frente arequipeño, surgió, desde el primer instante, pugnas entre el PCP y el Apra en tomo a las candidaturas presidenciales. Nosotros postulábamos la candidatura de José Luís Bustamante y Rivero y los apristas, la de Rafael Belaunde. Al final logramos imponer la candidatura de Bustamante y la suscripción del "Memorándum de la Paz" que, entre otros puntos consignaba:

- a) Iniciar un proceso de transformaciones económicos-sociales en el país;
- b) Poner término a los métodos "feudales de explotación de las tierras;
- c) Recuperar para el país las riquezas naturales;
- d) Dar amplias libertades democráticas.

Con este programa avanzado, participamos en las elecciones apoyando la candidatura de Bustamante. La reacción, temerosa de la creciente influencia del Partido Comunista, operó a través del Apra, para facilitar el ingreso al Frente Democrático de la Unión Revolucionaria, organización dirigida por Luís A. Flores. Esta alianza insólita modificó la correlación de fuerzas en el seno del Frente, adquiriendo mayor peso los partidos de derecha. Sin embargo, Bustamante mantuvo sus vinculaciones con nuestro Partido.

El PCP consagró su reconocimiento legal, se inscribió en el Jurado Nacional de Elecciones con el nombre de Vanguardia Socialista del Perú, y logró la elección de seis diputados comunistas (dos fueron anulados por maniobras del Apra) y de cuatro senadores amigos.

Los parlamentarios comunistas plantearon desde el comienzo la Reforma Agraria, la anulación del Contrato de La Brea y Pariñas y la nacionalización de importantes empresas mineras e industriales norteamericanas, etc.

El Partido Comunista encabezó además otras luchas trascendentales. Una de ellas, que culminó victoriosamente, consistió en la expulsión de la base militar norteamericana ubicada en la zona "El Pato" (Talara). Esta base se había instalado años atrás, en plena Segunda Guerra Mundial, dentro de los planes defensivos trazados por el Pentágono, en particular para custodiar el Canal de Panamá, pero terminado el conflicto bélico, se había convertido en plataforma de intimidación y amenaza contra las luchas de los trabajadores petroleros. El PCP logró este triunfo apoyado en la opinión pública y en la acción de las fuerzas populares, imponiéndose a la tenaz oposición del Apra y otros partidos reaccionarios.

En el colmo del entreguismo a los monopolios yanquis, el Apra respaldó la iniciativa del Ejecutivo para la entrega de los yacimientos, que se suponían petrolíferos, de Sechura a la IPC. El contrato pertinente fue aprobado en el Parlamento con el voto a favor de la Célula Parlamentaria Aprista, previo dictamen de la Comisión de Petróleo, dominada también por el Apra. Ahora este partido trata de negar su complicidad pretendiendo ocultar que el Ministro de Fomento de esa época, Ing. César Elías, pertenecía a sus filas, al igual que los Ministros de Hacienda y de Agricultura. El Apra pudo (con tres Ministros en el Gabinete, otros ministros amigos y la mayoría parlamentaria) asumir una posición patriótica y nacionalizar el petróleo y la gran minería. Y no lo hizo simplemente por cobardía política y por traición.

Los apristas mostraron entonces su entraña totalitaria: obligaron a sus aliados del Frente Democrático -so pena de excluirlos- a afiliarse al Apra; impusieron una ley de Juntas Transitorias Municipales, de estructura corporativa; presionaron la designación de autoridades políticas apristas; capturaron por la fuerza directivas y locales sindicales; allanaron impunemente las sedes del Partido Comunista; pretendieron dictar una Ley de Imprenta, abiertamente antidemocrática y sectaria.

Esta última medida generó un poderoso movimiento popular de oposición, encabezado por el PCP. Dentro de este marco, el Partido convocó a un gran mitin en el Parque Universitario, el 7 de diciembre de 1945. Numerosos manifestantes apristas, con el apoyo de la policía, trataron de impedir, mediante la violencia, la realización del mitin. Fueron repelidos enérgica y

valerosamente por militantes comunistas y amigos, dejando la acción el saldo trágico de un policía muerto, numerosos heridos, muchos de ellos de gravedad. Los apristas huyeron cobardemente y el Presidente se vio obligado a vetar la Ley.

El Apra comenzó a actuar desembozadamente como instrumento de la política del imperialismo yanqui, luego de la Segunda Guerra Mundial. Dócilmente se allanó ante la llamada doctrina Truman, proyectada inicialmente para someter económica y políticamente a los países europeos capitalistas, pero ampliada después, con los mismos fines para América Latina, a través del Plan Clayton y del Plan Norton. El Apra dio su asentimiento pleno a estos planes neocolonizadores, mientras que nuestro Partido los combatió implacablemente.

LA RUPTURA DE BUSTAMANTE Y EL APRA Y SUS CONSECUENCIAS

A raíz del asesinato del Director de "La Prensa", Francisco Graña, opositor del contrato de Sechura (crimen atribuido al Apra, aunque no fue probado fehacientemente) se produjo una ruptura entre el gobierno de Bustamante y el Apra. A la dictadura parlamentaria de este Partido, la derecha respondió con el "receso parlamentario". Más adelante, un grupo disconforme y clandestino del Apra organizó un movimiento armado contra Bustamante -el 3 de octubre de 1948- que terminó con el más rotundo fracaso. Todo esto sirvió de pretexto para que Odría diera el golpe de Estado reaccionario, el 27 del mismo mes, derrocando al gobierno de Bustamante y Rivero.

En el segundo año del régimen de Bustamante, el PCP realizó el Segundo Congreso Nacional (marzo de 1946). Si en el Congreso anterior logramos trazar una línea política independiente y sancionamos a los principales responsables de la desviación derechista, en este segundo certamen se afirmó el centralismo democrático.

Poco antes del golpe odrisia nuestro Partido celebró su Tercer Congreso Nacional. Tuvo que encarar entonces la desviación browderista, que partía del supuesto que la colaboración gestada durante la II Guerra Mundial entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, había atenuado la lucha de clases en la arena internacional abriendo nuevos términos de entendimiento entre estas potencias, de diferentes regímenes económico-sociales.

La tendencia browderista en nuestro país fue liderada por Juan P. Luna. Este y sus seguidores fueron derrotados y separados del Partido. Sobre este punto volveremos más tarde. Lo importante, por ahora, es señalar que el III Congreso afinó correctamente la línea política del Partido y acordó directivas para transformar la influencia comunista en organización. El PCP contaba en sus filas formalmente con más de 30,000 militantes, en vísperas del derrocamiento de Bustamante. Por eso, Odría desencadenó una violenta represión contra nuestro Partido. Aplicó con el máximo rigor la Ley de Seguridad Interior de la República, dictada al amparo del Art. 53 de la Constitución; persiguió y encarceló a los dirigentes sindicales comunistas, clausuró la Imprenta Partidaria. El PCP pasó nuevamente a la clandestinidad.

Pese a los duros golpes recibidos, la influencia comunista siguió orientando la organización sindical, particularmente en los Departamentos del Sur, del Centro, y de algunos lugares del Norte (Trujillo y Chiclayo).

Del Congreso de Unificación Sindical de Arequipa, Cusco y Puno no sólo salieron consignas reivindicativas, sino también orientaciones precisas para estructurar más adelante la liga Democrática del Sur, que levantó un programa demandando el retorno a la democracia, amnistía general y elecciones libres. Este Movimiento repercutió en Lima e influyó en la convocatoria a elecciones en 1950, elecciones manejadas fraudulentamente por Odría, que fue a la vez candidato único, luego del apresamiento de su opositor, Gral. Montagne.

En Arequipa se gastó también un heroico enfrentamiento popular contra la dictadura del Gral. Odría, acción que se inició con la protesta de estudiantes del Colegio Nacional de la Independencia y que adquirió características subversivas, al ser asesinado por la policía un alumno de dicho centro educativo. El pueblo arequipeño bajo la dirección del Partido y de la Confederación de Trabajadores de Arequipa (CTA) respondió con la huelga general. Todas las fuerzas populares, así como algunos sectores burgueses - la Cámara de Comercio, por ejemplo- cohesionados, formaron un Gobierno Provisional presidido por el Dr. Francisco Mostajo. Se produjo un real levantamiento popular. La dictadura movilizó tropas de Arequipa, Moquegua y Puno para aplastar la insurrección. Los arequipeños respondieron también con las armas en la mano. Por encima de las vacilaciones del Gobierno Provisional, las organizaciones sindicales, bajo la influencia del Partido, se mantuvieron firmes e intransigentes pese a no tener posibilidades de vencer. la dictadura se vio forzada a transar; puso en libertad a los presos, suprimió la pena de muerte decretada contra los responsables del levantamiento, restableció las libertades democráticas Circunscritas y momentáneamente.

A partir de esta acción comenzó un período de reestructuración del movimiento sindical, reflejado en el incremento de las luchas reivindicativas. El régimen odriísta desencadenó otro, operativo de represión, apelando en reiteradas ocasiones al encarcelamiento, la tortura y la deportación, especialmente en 1952 y 1953, años en que se organizaron huelgas muy combativas en Arequipa, Cusco y en la Región minera del centro.

Se levantaron también contra el régimen dictatorial los escritores y periodistas a través de diversos congresos y de múltiples pronunciamientos, exigiendo libertades democráticas y elecciones generales.

La oposición, en Arequipa adquirió mayúscula beligerancia a fines de 1955 y consiguió la renuncia del odiado Ministro de Gobierno, Esparza Zañartu. Odría no tuvo ya otra alternativa que dejar un mayor margen de libertad para el proceso electoral, reduciéndose sus posibilidades de maniobra para imponer un candidato oficialista.

Nadie puede negar documentalmente que los comunistas no hayamos actuado como protagonistas y dirigentes en todas las luchas, ni que no hayamos sufrido las acciones represivas más duras y sanguinarias,

justamente por el valor y la consecuencia desplegada en los combates. El Apra, que en algunos momentos también fue perseguido, terminó conciliando con su ocasional adversario, para luego preparar el advenimiento del llamado régimen de la "convivencia", presidido por el banquero Manuel Prado (1956-1962).

En las elecciones de 1956 el Apra, que desde fines de 1954 venía negociando con el dictador una candidatura continuista, aceptó en un primer momento apoyar a Hernando de Lavalle. Después optó por adherirse al movimiento electoral de Prado, sin que este viraje dentro de los linderos derechistas implicase rompimiento con Odría, dado que éste veía con simpatías la candidatura de los banqueros. El Partido Comunista se inclinó a dar su respaldo al Arquitecto Fernando Belaunde quien se presentó con un programa progresista, demandando en forma categórica la derogatoria de la ley de Seguridad Interior de la República y Amnistía General.

Aún cuando estas dos demandas populares fueron alcanzadas en los primeros tiempos del régimen "convivencial", nuestro Partido continuó con la energía de siempre la lucha antioligárquica y antiimperialista. Así lo puso en evidencia con motivo de la llegada a Lima del Vicepresidente norteamericano, Richard Nixon. El Partido Comunista organizó el repudio popular contra el enviado de los monopolios.

Los comunistas salimos a las calles, juntos con otras fuerzas antiimperialistas, y logramos impedir el desarrollo normal del programa, sobretodo el relativo él las presentaciones públicas y en la Universidad de San Marcos. Fueron memorables las jornadas libradas en la Plaza San Martín, donde la policía y el numeroso personal de protección se vio casi impotente para controlar la situación.

En esta oportunidad el mayor peso de la represión también recayó sobre militantes comunistas. Por que ellos marcharon a la cabeza de las movilizaciones fotografiados por los servicios de seguridad. Los apristas se olvidaron de su pregonado antiimperialismo y no asomaron la cabeza.

EL TRIUNFO DE LA REVOLUCION CUBANA

Cuando se produjo el triunfo de la Revolución Cubana, su influencia -que se expandió por todo el continente tuvo amplia resonancia, también, en nuestro país; fortaleció el movimiento antiimperialista, sobre todo la lucha por la Reforma Agraria y la recuperación de nuestras riquezas naturales. El Partido Comunista, una vez más, se ubicó en la vanguardia de esta cruzada e impulsó la constitución, conjuntamente con organizaciones sindicales y personalidades democráticas y progresistas, del Frente Nacional de Defensa del Petróleo y del Frente de Liberación Nacional. A través de estos organismos pudimos desarrollar, al mismo tiempo, una campaña realmente masiva de solidaridad con la revolución Cubana.

El gobierno de Prado, aliado con el Apra, en 1960 una nueva Ley anticomunista, con el propósito de aplastar el ascenso de las luchas antiimperialista, en concordancia con los planes del Departamento de Estado norteamericano.

Esta Ley fue aplicada inmediatamente al c. Raúl Acosta, entonces Secretario General del Partido. Por otro lado, Prado decidió la ruptura de relaciones diplomáticas con Checoslovaquia y Cuba. Los apristas en este período no sólo no fueron perseguidos, sino que desde el Parlamento y desde diversas dependencias ministeriales desempeñaron el triste papel de caza-comunistas. Llegaron a proponer en la Cámara de Diputados la modificatoria del Art. 53 de la Constitución, pero con la intención de que la discriminación y represión política afectara, única y exclusivamente, al Partido Comunista. Desde los Ministerio de Educación y de Trabajo, parlamentarios y funcionarios apristas pugnaron por colocar sectariamente en los colegios y en los sindicatos a sus partidarios, sin importarles la calificación profesional ni los procedimientos democráticos.

No obstante condiciones tan adversas, los comunistas fuimos ganando posiciones en el movimiento sindical aislando cada vez más a la dirección amarilla de la CTP encabezada por Alíuro Sabroso. El Partido desarrolló también una intensa actividad organizando sindicatos campesinos y encabezando sus luchas, particularmente en lo tocante a la recuperación de tierras.

La creciente belicosidad que iban adquiriendo las luchas populares, en la ciudad y el campo, preocuparon grandemente a la reacción. El imperialismo yanqui trató de jugar a la carta aprista en la idea que este partido, contando con el respaldo del Departamento de Estado yanqui y de la oligarquía, podía frenar el ascenso revolucionario. Sin embargo, en las elecciones de 1962, pese a que Haya de la Torre obtuvo mayoría relativa (no el tercio que exige la Constitución), sorpresivamente se dio un golpe de Estado a cargo del Gral. Pérez Godoy.

Es interesante detenerse en este pasaje. Por no haber obtenido ningún candidato un tercio de los sufragios, la elección debía hacerla el Congreso. Haya había alcanzado la primera votación. Belaunde, la segunda; y Odría, la tercera. El candidato del Frente de Liberación Nacional, Gral. César A. Pando tuvo una baja votación. El Apra orientó su mayoría parlamentaria para que el ex-dictador Manuel A Odría fuera elegido Presidente de la República. Ningún pacto más infamante y reaccionario se ha dado en nuestra historia como éste, que anunció públicamente el propio Haya de la Torre. No se consumó semejante contubernio por el golpe militar del 18 de julio de 1962.

Los apristas quieren presentar este caso como una medida táctica. Pero ¿cómo puede pensarse en una acción de tal naturaleza, justamente, a favor de uno de los dictadores más sanguinarios del continente? lo evidente es que el Apra capituló e hipotecó sus votos a un enemigo declarado del pueblo peruano.

DE PEREZ GODOY A JUAN VELASCO ALVARADO.

Producida la toma del poder por Pérez Godoy el aprismo no arriesgó ninguna acción opositora de envergadura. Quedó prácticamente inmovilizado y silencioso, pese él! bravuconadas verbales de algunos de sus dirigentes. Actitud diametralmente opuesta presentó el Partido Comunista. Se mantuvo combatiente, a la vanguardia del movimiento obrero y popular.

Por eso, fue objeto de la prepotencia militar concretada en la redada masiva del 5 de enero de 1963.

Más de 3,000 personas fueron apresadas, en su mayoría comunistas, dirigentes sindicales y del Partido. Muchos comunistas permanecimos más de, seis meses en el penal "El Frontón" y se nos abrió proceso militar."

A escasas semanas del golpe militar, el Partido realizó el IV Congreso Nacional. En este certamen se trazó la línea a seguir en pleno auge de la lucha antiimperialista y antioligárquica, dentro de las coordenadas de desarrollo político de América latina, fuertemente impresionadas' por el ejemplo de la Revolución Cubana. Se acordó persistir en la tarea de acumulación de fuerzas, desarrollando el Frente de Liberación Nacional para emprender la real transformación estructural de nuestro país.

El gobierno militar convocó a elecciones en 1963. Participaron directamente las fuerzas derechistas, mientras que el Partido Comunista y otras fuerzas progresistas quedaron definitivamente marginadas por efectos de la razzia o redada de enero. No tuvimos, entonces, otra alternativa que apoyar la candidatura del Arquitecto Belaunde, menos reaccionaria que la de Haya. Odría y Samame Boggie.

Lo cierto es que Belaunde emprendió algunas medidas progresistas en los 100 primeros días de gobierno. Ofreció resolver el problema de la Brea y Pariñas en 90 días. Convocó a elecciones municipales. Ofreció encarar prioritariamente la Reforma Agraria. Pero ante la arremetida del imperialismo y de sus aliados nativos -apristas, odriístas y pradistas" Belaunde capituló. Después de los 100 días inició el retroceso, hasta convertirse en el principal defensor de la International Petroleum Company y en el aliado incondicional los sectores reaccionarios.

El Partido Comunista combatió esta política entreguista desde el mismo instante en que comenzó a gestarse. 1964 fue un año de duros enfrentamientos con el régimen belaudista. Con la complicidad de la mayoría parlamentaria, manejada por el Apra, y con los dirigentes amarillos de este Partido, reprimió violentamente las luchas sindicadas, particularmente la de los metalúrgicos y bancarios. Al iniciarse el año 65 el gobierno estaba bastante desgastado. Surgió entonces la acción guerrillera, que si bien no contó con la participación de cuadros comunistas, recibió el reconocimiento y las simpatías del Partido, por tratarse de una heroica y bien intencionada. Nosotros dejamos muy en que antes que el estallido de un foco revolucionario, era más importante la participación de la clase obrera y del pueblo, que el éxito de la acción guerrillera dependía fundamentalmente del apoyo de masas.

A juicio nuestro, los tres focos guerrilleros comandados por Luís A. de la Puente, Guillermo Lobatón y Héctor Béjar fueron aniquilados debido a la desproporcionada violencia desencadenada por las fuerzas represivas, dirigidas por asesores norteamericanos, sobre todo en los dos primeros casos; pero fundamentalmente, debido a la insuficiente preparación revolucionaria y por no haberse ensamblado consciente y ágilmente al movimiento popular organizado.

Por encima de estas consideraciones tácticas, valoramos los planteamientos programáticos -expulsión del imperialismo, tierra para los campesinos, lucha por el socialismo- y brindamos públicamente nuestra adhesión a ellos y a los hombres que, con las armas en las manos, combatían por hacerlos realidad. Por eso, la represión policial se hizo presente contra nuestros militantes en diversas circunscripciones del país, so pretexto de operativos preventivos.

La intimidación antiguerrillera llegó a extremos jamás vistos: esposas y familiares de los guerrilleros fueron expresados. El Partido Comunista asumió con responsabilidad la conducción de una amplia campaña por la libertad de los presos políticos-sociales; mientras que el Apra encabezaba campanas económicas entre los sectores oligárquicos para premiar a los sanguinarios represores.

Más adelante, frente al proceso electoral de 1967 para cubrir vacantes parlamentarias, el Partido amalgamó a diversos sectores progresistas y populares en Unidad de Izquierda, logrando movilizar a grandes masas populares en todo el país, en torno a un programa antimperialista y antioligárquico. Belaunde no pudo ocultar su temor ante la cuantiosa votación alcanzada por la candidatura de Izquierda. Aplicó los consabidos métodos represivos, apelando a la treta del "complot comunista", para justificar el apresamiento masivo de nuestros camaradas.

El 10 de febrero de 1968 se produjo el allanamiento del Comité Central del Partido. Fueron apresados el Secretario General, Jorge del Prado, y el Subsecretario General, Raúl Acosta y más de un centenar de militantes. En base a la información proporcionada por el Jefe de la PIP, Marthans, los diarios destacaron en grandes titulares "allanan el cuartel general de Rojos". "Policías armados capturan local clandestino de los comunistas". Los apristas afirmaban escandalosamente que se había encontrado un arsenal de bombas.

En relación a esta burda maniobra se abrió juicio militar al Secretario General del PCP, acusado de "traición a la Patria". Evidentemente se trataba de una medida desesperada en el afán de golpear al principal contingente revolucionario -el PCP- para desarticular el Frente de Izquierda.

Al ingresar el año 1968, el gobierno belaundista había llegado a un peligroso grado de descomposición que ni las componendas "superconvivenciales" (belaundistas, apristas, y odriístas) pudieron atenuar. El régimen comenzó a tambalearse ante el escándalo del contrabando y del petróleo y también ante la vigorosa y combativa protesta popular, encabezada por el PCP y el proletariado, que se agrupaba clasistamente en la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP).

En tales circunstancias, o surgía una dictadura militar sangrienta para aplastar el movimiento popular, o se tenía que ceder ante las demandas populares.

El golpe militar institucional de la Fuerza Armada del 3 de octubre de 1968, conducido por el Gral. Juan Velasco Alvarado, no podía escapar a esta disyuntiva. La oficialidad progresista que tomó el poder, inició un proceso

de transformaciones antimperialistas y antioligárquicas, coincidiendo básicamente con las exigencias populares y las luchas de nuestro Partido.

El Apra que hizo una oposición formal al gobierno de Belaunde, intrascendente y mediatizada, lo apoyó decididamente en su política pro-imperialista y pro-oligárquica y en las represiones antipopulares o anticomunistas; frente a las transformaciones estructurales de Velasco, reclamó de palabra la paternidad de muchas de ellas, combatiéndolas y saboteándolas en los hechos, escudados en los cargos, burocráticos o tras grupúsculos ultra-izquierdistas. Sin embargo, no dijo casi nada y menos opuso resistencia a las medidas represivas de la llamada segunda fase. No arriesgó nada. Coexistió pacíficamente, sobre todo para mantener sus posiciones de privilegio en las dependencias ministeriales.

Nuestro Partido apoyó las transformaciones revolucionarias y luchó por la profundización de ellas. Fue una posición de principios y en estrecha ligazón con las masas populares. Y esta conducta es lo que hoy nos da plena autoridad para combatir la dictadura militar de Morales Bermúdez, por su viraje derechista, concretado en el desmontaje de las principales transformaciones estructurales y en la claudicación frente a las presiones del imperialismo y la reacción.

El Apra que ahora sí lanza gritos desaforados contra Velasco y su obra de transformaciones no sólo aplaude la política reaccionaria de Morales Bermúdez, sino que está llano a consolidar un nuevo pacto antipopular, que posibilite una transferencia del poder a una coalición derechista.

Nosotros los comunistas nos mantenemos en nuestras trincheras de combate defendiendo los cambios estructurales procesados a partir de 1968 y luchando, con la energía de siempre y a la vanguardia de la clase obrera, por las libertades democráticas y sindicales y por nuevos y decisivos avances en el camino de la liberación nacional y social.

(1). UR = Unión Revolucionaria, el partido político de Sánchez Cerro, cuyo jefe -el sanguinario Luís A. Flores- llegó a usar la camisa negra del fascismo y el saludo mussoliniano.